

CRISIS ORGÁNICA, DEPENDENCIA Y NEOFASCISMO PERIFÉRICO EN AMÉRICA LATINA. ENSAYO DE PRESENTACIÓN E INTERPRETACIÓN¹

Bajo el Volcán, año 2, no. 3 digital, noviembre 2020-abril 2021

Rafael Domínguez Martín²

Recibido: 30 de octubre, 2020

RESUMEN

El objetivo del artículo es analizar en perspectiva histórica la tendencia estructural de las sociedades latinoamericanas hacia el neofascismo periférico, dentro del marco de la teoría marxista de la dependencia, y

¹ Las líneas que siguen están inspiradas en la intervención que realicé en el Seminario Internacional “¿Neofascismos, posfascismos, autoritarismo libertario? Las nuevas derechas en el mundo”, organizado por el ICSyH-BUAP en noviembre de 2019. Agradezco a Giuseppe Lo Brutto la invitación y la paciencia por esperar a la entrega del texto, que ha sido fortalecido teóricamente y revisado y actualizado empíricamente hasta el 30 de octubre de 2020, siguiendo el fragor de los acontecimientos: la victoria del MAS en Bolivia, la minga indígena y el paro nacional en Colombia, el doble triunfo aplastante de la movilización popular en el plebiscito nacional de Chile y el último tramo de las elecciones presidenciales en EEUU. Mi agradecimiento final para Sara Caria, del Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador, que revisó este texto y sugirió varias ideas que he tenido muy en cuenta. Los errores y omisiones son de mi exclusiva responsabilidad.

² Catedrático de Historia e Instituciones Económicas y director del Grupo de Investigación Cátedra COIBA del Departamento de Economía de la Universidad de Cantabria (España). domingur@unican.es.

sin perder de vista el nuevo contexto geopolítico marcado por la crisis orgánica del capitalismo global (el estancamiento secular de los países desarrollados) y la transición hegemónica entre EEUU y China. Tras la delimitación teórica del concepto, la hipótesis principal es que el neofascismo periférico sería la respuesta del bloque dominante transnacionalizado a las contradicciones de la globalización neoliberal, con la conclusión de que el neofascismo periférico del siglo XXI correspondería a la fase superior del neoliberalismo, el último estadio del imperialismo, en los países de América Latina.

Palabras clave: neofascismo, dependencia, crisis del capitalismo, neoliberalismo, América Latina.

ABSTRACT

The objective of the article is to analyze in historical perspective the structural tendency of Latin American societies towards peripheral neofascism, within the framework of the marxist theory of dependency and without losing sight of the new geopolitical context marked by the organic crisis of global capitalism (the secular stagnation of developed countries) and the hegemonic transition between the US and China. After the theoretical delimitation of the concept, the main hypothesis is that peripheral neofascism would be the response of the transnationalized dominant bloc to the contradictions of neoliberal globalization, with the conclusion that the peripheral neofascism of the 21st century would correspond to the higher phase of neoliberalism, the last stage of imperialism, in the countries of Latin America.

Keywords: neo-fascism, dependence, capitalist crisis, neoliberalism, Latin America.

A MODO DE PRESENTACIÓN

El presente dossier monográfico de *Bajo el Volcán* recupera el debate académico sobre el “neofascismo en América Latina” que detonó el economista chileno exiliado en México, Álvaro Briones, a mediados de la década de 1970 (Briones, 1975b). El neofascismo

fue definido entonces como “el fascismo en condiciones de capitalismo dependiente”, para caracterizar a las dictaduras del Cono Sur: Brasil desde 1964, Bolivia desde 1971, Uruguay y Chile desde 1973 (Briones, 1975a: 747).

El debate, que se vinculó a “la comprensión e interpretación general de los problemas del desarrollo latinoamericano” (García *et al.*, 1978: 13), concitó la celebración del seminario “El control político en el cono sur de América Latina”, organizado por la UNAM, la Casa de Chile en México (expresión de la resistencia chilena) e ILDIS (el capítulo regional de la Fundación Friedrich Ebert) en diciembre de 1976 –cuando ya se había incorporado Argentina al grupo de regímenes militares autoritarios de corte fascista–, siendo las ponencias recogidas posteriormente en un libro (ILDIS, 1978). En paralelo, la *Revista Mexicana de Sociología* y *Cuadernos Políticos* acogieron en sus páginas varias contribuciones fundamentales que se incorporaron al corpus de la reflexión teórica sobre lo que Theotônio Dos Santos, otro de los exiliados en México tras su previo exilio en Chile, denominó “fascismo dependiente” (Dos Santos, 1977: 180).³

Por tanto, la cuestión del neofascismo estuvo íntimamente unida a la teoría de la dependencia y, en cierto modo, la propuesta intelectual y trayectoria vital de Álvaro Briones representó el punto de cruce de los tres ejes a partir de los cuales se construyó la variante marxista de la dependencia: el eje brasileño, vinculado a la fundación de la Universidad de Brasilia en 1962, donde recalieron Dos Santos, Vânia Bamberira, Ruy Mauro Marini y André Gunder Frank; el eje chileno, localizado en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile, al que se incorporaron Dos Santos y los otros exiliados que tuvieron que aban-

³ Antunes de Oliveira (2019: 1146) atribuye apócrifamente a Dos Santos el término “fascismo periférico”, pero en ninguna de las dos referencias que cita como apoyo (Dos Santos, 1977, 1978) aparece dicho término, sino el de fascismo colonial, dependiente o defensivo.

donar Brasil en 1966, y en cuyas actividades, ya bajo la dirección de Dos Santos a partir de 1972, participaría Álvaro Briones; y el eje mexicano, en torno a la UNAM, que daría acogida a los exiliados de Chile (Dos Santos, Bambirra, Marini, Briones o el propio Pío García, segundo director del CESO) tras el golpe de Estado contra Allende (Seabra, 2019).

El debate sobre el neofascismo latinoamericano quedó enmarcado teóricamente a partir de las tres tesis fuertes en clave neogramsciana de Nicos Poulantzas (1971): i) que el fascismo debe situarse en “la fase imperialista del capitalismo” como una de “*las coyunturas posibles* de ese estadio”; ii) que “el proceso de fascistización y el advenimiento del fascismo *corresponden a una situación de profundización y de exacerbación aguda de las contradicciones internas entre las clases y fracciones de clase dominantes*”; y iii) que la lucha de clases, expresada en una crisis política, se salda con la hegemonía de las fracciones de la clase dominante alineadas con el “gran capital” monopolista y financiero en su “fase ofensiva” para lograr la “hegemonía política” (Poulantzas, 1971: 7, 71, 109; cursivas en el original).

Aunque, como dice Poulantzas (1971: 425), “la historia no se repite jamás por completo”, hoy como entonces este monográfico sobre la *segunda temporada del neofascismo periférico* busca capturar su esencia para la acción política, ya que, lo mismo que su pariente de origen europeo y su variante latinoamericana de la Guerra Fría, el neofascismo periférico sigue siendo tanto “una categoría abierta a la historicidad” (Agustín Cueva en García *et al.*, 1978: 15) como “una consigna de aglutinación y de lucha” (Cueva, 1976: 470). En un momento en que, al igual que durante el debate de los setenta (Tapia, 1980; Trindade, 1983), proliferan negacionismos de derecha –que prefieren hablar de (nuevo) autoritarismo, autoritarismo populista o autoritarismo libertario– e izquierda –para los que el fascismo sería un fenómeno histórico y concreto, europeo e irrepetible– (Albistur, 2018; Zubiría, 2020), es necesario recuperar las principales enseñanzas que dejó la reflexión sobre el neofascismo latinoamericano, poniéndolas a dialogar con el pensamiento críti-

co más reciente, en particular, con la tesis del “fascismo social” de Boaventura de Sousa Santos (2007: 192); y, en la tradición gramsciana de Poulantzas, con el “fascismo del siglo XXI” que llega de EEUU (Robinson, 2011), verdadera precuela de esta segunda temporada del neofascismo periférico. Sobre todo ello versa el ensayo de presentación, que es también de interpretación y praxis, en la medida en que el concepto de neofascismo periférico se teoriza y confronta con los datos empíricos y se ofrecen algunas claves de política internacional para mantener viva la lucha antifascista en América Latina que, como señala Claudio Katz (2019b), sigue siendo una lucha anti-imperialista.

El dossier incluye otros cuatro artículos que invitan a reflexionar sobre el neofascismo periférico en perspectiva histórica y comparativa (“Derecha Posneoliberal y neofascismo en América Latina” de Carlos Figueroa Ibarra y Octavio H. Moreno, y “El fascismo italiano del siglo XXI: un análisis del fenómeno político de Matteo Salvini” de Giuseppe Lo Brutto y Eduardo Crivelli); abordan las nuevas bases ideológicas del neofascismo periférico, que es tan neoliberal como neoconservador (“Neopentecostales y nuevas derechas: un vínculo para la conservación del neoliberalismo en América Latina” de Yirlean Ramos Feria y Ada Celsa Cabrera García); y estudian las condiciones que posibilitaron su aparición en el caso más representativo (“Brasil: declive de los gobiernos progresistas y ascenso de la derecha” de María da Gloria Marroni Correo).

En este primer ensayo se analiza en perspectiva histórica la tendencia estructural de las sociedades latinoamericanas hacia el neofascismo periférico, dentro del marco de la teoría marxista de la dependencia (un cruce entre la economía política del desarrollo y la sociología del desarrollo) y sin perder de vista el nuevo contexto geopolítico marcado por la crisis orgánica del capitalismo global (el estancamiento secular de los países desarrollados) y la transición hegemónica entre EEUU y China.

El ensayo se basa en una revisión de la literatura sobre el neofascismo periférico correspondiente a dos momentos: la producción científica que se gestó en América Latina en la década de

1970, con particular presencia en publicaciones académicas mexicanas de sociología y economía política, en las que participaron intelectuales de toda la región, muchos de ellos exiliados a causa de las dictaduras fascistas del Cono Sur; y las publicaciones y webs de literatura insurgente y al margen de los círculos universitarios de la década de 2010 (en particular, *América Latina en Movimiento*, *Rebelión* y *La Haine*), durante la que se completó la deserción académica y el abandono de las nociones marxistas en el estudio del fascismo en la región, que se había iniciado durante la transición a las democracias (Osorio, 1984; Albistur, 2018). Resulta sintomático que, tras una búsqueda exhaustiva en las principales bases de datos en español, no se ha encontrado ni una sola referencia al neofascismo en publicaciones periódicas latinoamericanas del ámbito universitario en este último período del siglo XXI. La buena noticia es que el presente número de *Bajo el Volcán* se añade al incipiente acervo que sobre el neofascismo latinoamericano empieza a acumularse en revistas anglosajonas (*Monthly Review*, *Science & Society*, *Historical Materialism*, *Globalizations*, *Political Geography*), europeas (como la italiana *Confluenze*) y brasileñas (*Desenvolvimento em Debate*) a las que hay que sumar la obra de referencia sobre el neofascismo de Guamán, Martín & Aragoneses (2019), el capítulo de Guamán sobre el giro neofascista de Lenin Moreno en Ecuador (2020) y la editada recientemente por CLACSO sobre las derechas latinoamericanas (Estrada, Jiménez & Puello-Socarrás, 2020).

A partir del análisis de todo este material, la estructura del artículo se divide en tres apartados y las conclusiones. En el primer apartado se especifica el marco teórico-conceptual, la hipótesis y el argumento del neofascismo periférico. En el segundo apartado se analiza la restauración neoliberal-conservadora y la vuelta a las pulsiones autoritarias de las nuevas y viejas derechas tras el giro progresista de los gobiernos de América Latina, que condujo, mediante el proceso de fascistización, al momento de la segunda temporada del neofascismo periférico. En el tercer apartado se examinan las posibilidades interpretativas de una revisión del viejo debate sobre el neofascismo dependiente/periférico aplicado a los países de Amé-

rica Latina y que ahora se articula con el fascismo del siglo XXI de EEUU en el contexto geopolítico de la transición hegemónica. El trabajo cierra con las principales conclusiones, recomendaciones para la praxis política y futuras perspectivas de investigación.

1. DELIMITANDO EL NEOFASCISMO PERIFÉRICO

Antes de que se detonara el debate sobre el neofascismo en la década de 1970, el sociólogo italo-argentino Gino Germani estableció la posibilidad del “regreso de nuevas formas de fascismo o regímenes y movimientos de apariencia fascista [...] en una gran variedad de sociedades y de condiciones históricas, incluyendo a las nuevas naciones o a las que se encuentran en etapa de desarrollo” (Germani, 1968: 5), como era el caso de las de América Latina. Una de ellas fue Chile. Al término de su visita oficial al país, en diciembre de 1971, Fidel Castro dijo: “hemos visto al fascismo en acción”, para referirse a la oposición al gobierno del presidente Salvador Allende (cfr. Carmona, 1973: 75). En efecto, el “golpismo fascista” (Carmona, 1973: 76) había empezado durante el traspaso de poder tras las elecciones de septiembre del año anterior con diversos atentados contra el candidato ganador, financiados por la multinacional estadounidense ITT, e incluyó el asesinato del jefe de comandantes del Ejército, contrario al golpe militar (Boorstein, 1973). La oposición no dio tregua al gobierno de la Unidad Popular, activando el sabotaje económico y político hasta finalmente cancelar la vía chilena al socialismo mediante un “golpe fascista” (Boorstein, 1973) que, como antes en Brasil, Bolivia y Uruguay, inició una “dictadura fascista [...] bajo el embate coaligado de la burguesía criolla y el imperialismo extranjero, con el ejército y la policía neocoloniales como instrumento principal” (Carmona, 1973: 70): al carecer de independencia y estar sujeto a los intereses de las multinacionales de EEUU, este fascismo se pudo conceptualizar como “subdesarrollado” (Carmona, 1973: 103), “dependiente” (Dos Santos, 1977: 180) o simplemente “neofascismo” (Briones, 1975a, 1975b).

1.1. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL E HIPÓTESIS

A diferencia del neofascismo propio del “proceso gradual de fascitización de América Latina” de la Guerra Fría (Charles, 1978: 14), lo que denominaré neofascismo periférico, convive en la actualidad con la democracia de “baja intensidad” (Santos, 2007: 277). Sus armas no son la dictadura, sino la judicatura, o más bien, la judicialización de la política por medio de técnicas de *lawfare* aplicadas por sistemas judiciales parciales: con un claro sesgo de clase alta en lo social y neoconservadores en lo político, los jueces están inclinados a interpretar la ley en función de sus propios intereses y operan sistemáticamente como arietes contra los gobiernos, partidos, movimientos y candidatos de izquierda, para sacarlos de la circulación pública mediante procesos de destitución, ilegalización, criminalización o encarcelación inconstitucional, e implantan sistemas de ley y orden que, una vez debilitada la oposición social y política, fortifican las estrategias, políticas e instituciones neoliberales (Grigera & Webber, 2018; Pahnke & Milan, 2020).

El concepto de neofascismo periférico permite integrar la tesis del fascismo social de Boaventura de Sousa Santos, con la que se describe el proceso institucional por el cual “masas extensas de población son marginadas o expulsadas de cualquier tipo de contrato social” (Santos, 2007: 192). El fascismo social de Santos trasciende los purismos de las interpretaciones históricas de la ortodoxia marxista sobre el fascismo, sintetizadas en el trabajo de Ernest Mandel (1969),⁴ y tiene la propiedad de enlazar con la teoría de la dependencia renovada por Samir Amin, ya que, como el fascismo social, el principal efecto del “lumpendesarrollo” de

⁴ Los argumentos de Mandel (1969: 69) contra el uso del término fascismo “para caracterizar los movimientos autoritarios del mundo ‘semi-colonial’” fueron utilizados por el politólogo argentino Atilio A. Borón (1977), el principal exponente de la postura contraria a aplicar el concepto fascismo, para el análisis de las dictaduras militares del Cono Sur.

la etapa final del imperialismo es “la pauperización inherente a la lógica unilateral de acumulación de capital” (Amin, 2019). El fascismo social es un régimen social que, a diferencia del fascismo clásico y del neofascismo latinoamericano de la Guerra Fría, “puede coexistir con la democracia política liberal”, es un “fascismo pluralista, es decir, una forma de fascismo que nunca existió” (Santos, 2010: 44). Así como el fascismo social “no sacrifica la democracia ante las exigencias del capitalismo” (Santos, 2007: 311), el neofascismo latinoamericano del siglo XXI es compatible con la democracia representativa de baja intensidad y el imperio de la ley, siempre que ésta no sea a favor de la gente explotada o sin derechos (Pahnke & Milan, 2020).

Siguiendo la primera tesis de Poulantzas, el neofascismo periférico contemporáneo está articulado en el plano internacional con el “fascismo del siglo XXI” (Robinson, 2011), que encarna la presidencia terminal de Donald Trump (Robinson, 2018, 2019a, 2019b), cuyo nuevo intervencionismo en América Latina busca imponer el mismo proyecto neofascista de “liberalismo con esteroides” (Robinson, 2019a: 171) puesto en marcha en EEUU:⁵ “trasladar la carga de la crisis a los sectores populares por medio de una renovada austeridad neoliberal en su afán por restaurar la rentabilidad capitalista” (Robinson, 2019b). Aunque Robinson reserva el apelativo neofascista en América Latina para los gobiernos de Brasil y Colombia –frente a los demás gobiernos neoliberales que corresponderían a la categoría de autoritarismo represivo de derecha–, en virtud de la existencia de un movimiento genuinamente neofascista en la sociedad civil (Robinson, 2019a),⁶ lo cierto es que, como

⁵ Así, la trumpeconomía “implicó desregulación –el virtual aplastamiento del Estado regulador–, recorte del gasto social, desmantelamiento de lo que quedaba del Estado de bienestar, privatizaciones, exenciones fiscales a las corporaciones y los ricos, y una expansión de los subsidios estatales al capital” (Robinson, 2019a: 171).

⁶ Según su definición, el autoritarismo se refiere a un modo de gobernar “mediante una expansión represiva del aparato del Estado que se esfuerza

ya se discutió durante la década de 1970, el punto fundamental para hablar de neofascismo periférico no es la existencia de una movilización previa, sino el propósito de reestructurar el modelo de acumulación, eliminando el Estado desarrollista y el poder político de las clases trabajadoras, reemplazando si es necesario la teoría y la práctica política liberales (Tapia, 1980). El neofascismo periférico puede entenderse, por tanto, como parte del regreso del fascismo que, según Samir Amin (2014), “es la respuesta política particular a los desafíos a los que la dirección de la sociedad capitalista puede enfrentarse en circunstancias específicas”. El regreso del fascismo, que Amin vio pronto como una “amenaza real”, estaría conectado “con la extensión de la crisis sistemática del capitalismo monopolista generalizado, financierizado y globalizado” (Amin, 2014), que corresponde al “nuevo estadio del imperialismo” dominado por el “sistema integrado de los monopolios generalizados”. Este sistema no es otro que la globalización, “que es el nombre que ellos mismos han dado a los imperativos a través de los cuales ejercen su control sobre los sistemas productivos de las periferias del capitalismo mundial” (Amin, 2019, cursivas en el original), mediante su integración en las cadenas globales de valor de las transnacionales (Suwandi, Jonna & Foster, 2019).

En ese sentido, resulta teórica y empíricamente legítimo hablar de neofascismo periférico del siglo XXI en América Latina tras la deriva autoritaria de los gobiernos neoliberal-conservadores, que culminó con la elección en 2017 del neofascista Bolsonaro en Brasil. Todo ello revive los dos postulados centrales de la sociología de la dependencia: “los orígenes y proliferación de regímenes represivos no son producto de desarrollos internos, sino respuestas a exigencias que se originan primariamente en un nivel global”; y el fin esencial de tales regímenes es crear las condiciones “para una expansión en gran escala, a largo plazo, basada en

por cerrar el espacio de la movilización popular de los de abajo en la sociedad civil a través de leyes y represión extralegal” (Robinson, 2019a: 172).

la promoción del capital multinacional” (Petras, 1979: 401, 404). El segundo postulado hoy resulta incuestionable: el neofascismo periférico es un subproducto del fascismo del siglo XXI, y, como él, representa un “proyecto para rescatar al capital de su crisis orgánica” (Robinson, 2019a: 156). Sin embargo, el primer postulado, como ya sucedió durante el debate sobre la dependencia (Palma, 2008; Bresser-Pereira, 2010; Seabra, 2019), debería ser matizado, teniendo en cuenta las circunstancias particulares de cada uno de los países (la crisis hegemónica interna desatada por el despliegue del conflicto de clases específico) y su diferente grado de autonomía, o mejor dicho, la autonomía de sus centros reales de poder, que, en todo caso, están conectados internacionalmente con los de EEUU y su crisis hegemónica, ayer frente a la rebelión del Tercer Mundo y hoy frente al ascenso de China (Tapia, 1980; Antunes de Oliveira, 2019).

La relación entre neofascismo periférico del siglo XXI y dependencia resulta, pues, robusta. Así que, “en vez de pretender ajustar la realidad latinoamericana al modelo teórico diseñado con las experiencia de otras sociedades en una época completamente distinta” (Echazú, 2020), el concepto de neofascismo periférico se centra en lo fundamental del fenómeno: cómo el fascismo, representa la contraofensiva de la clase dominante, “una expresión extrema de aquellos elementos esenciales que conforma el orden liberal capitalista” (Dos Santos 1977: 182), para hacer frente al avance de las demandas de las clases dominadas “en situaciones de crisis o cuando por cualesquier otras circunstancias siente amenazado su sistema de dominación” (Cueva, 1976: 470). En suma, aunque tanto el fascismo como el neofascismo periférico son producto de un conflicto de clases y se basan “en la represión para sostener el orden capitalista socioeconómico y promover su desarrollo” (Petras, 1979: 406), lo distintivo del neofascismo latinoamericano de entonces y ahora es que obtiene “apoyo e información de fuerzas sociales que actúan en el nivel global” (Petras, 1979: 409), en particular, “las empresas multinacionales, [y] los órganos políticos,

diplomáticos y militares de EEUU” (Kaplan, 1976: 144), siendo dicho apoyo “el factor decisivo” para su triunfo (Tapia, 1980: 170).

El neofascismo periférico es un concepto que rejuvenece muchas de las ideas del viejo debate, empezando por la afirmación de Theotônio Dos Santos de que “la amenaza del fascismo se ha convertido en el problema político fundamental de América Latina” (Dos Santos, 1977: 190). También se hace eco de lo que expresó en 1976 el filósofo mexicano Leopoldo Zea: el fascismo “vuelve con mayor ferocidad”, con la diferencia de que “su sede no es Berlín sino Washington” (cfr. Trindade, 1983: 116). Es más, el neofascismo periférico, que hace parte del engranaje del proyecto global de fascismo del siglo XXI hasta llegar a fusionarse con él (Robinson, 2019a), está en el centro de todas las encrucijadas domésticas e internacionales de una región disputada por la rivalidad estratégica entre EEUU y China. Como en el momento del “ascenso del fascismo en América Latina” durante la Guerra Fría (Kaplan, 1976), en este último lustro actual del siglo XXI se pueden detectar “procesos de fascistización” asociados a “la penetración profunda del capital transnacional” (Cueva, 1976: 471), y todo un “proyecto fascista” (Zavaleta, 1977: 25), en tanto que “proyecto de poder” (Zavaleta, 1979: 84), para la “desnacionalización de nuestras economías” (Cueva, 1976: 477).

Se habla de neofascismo periférico al fusionar el término “neofascismo” puesto en circulación por Briones (1975a, 1975b) y el de “fascismo dependiente” de Dos Santos (1977: 180), usando el apelativo periférico/dependiente en vez de “colonial”, al que Helio Jaguaribe (1967) unió el sustantivo fascismo como un “ajuste de un modelo fascista a una condición de dependencia, en relación a un centro exterior metropolitano” para describir la situación de Brasil después del golpe de 1964 (Jaguaribe, 1968: 391). El neofascismo periférico como concepto se sustenta empíricamente en la posibilidad, entrevista por teóricos del fascismo como Gramsci, Dimitrov o Moore, de presentarse “en países del área periférica” (Tapia, 1980: 169). Si para explicar el surgimiento del neofascismo en “los

países del área capitalista dependiente” durante la Guerra Fría el “factor decisivo” fue “el tipo y forma de las demandas impuestas [...] por la potencia hegemónica” (Tapia, 1980: 170), a partir de 2017, fue la llegada del fascismo del siglo XXI a la Casa Blanca la que activó los procesos de fascistización en América Latina.

La hipótesis principal del trabajo es que el neofascismo periférico, como variante del “fascismo latinoamericano *sui generis*” (Kaplan, 1976: 136), sería la respuesta del bloque dominante transnacionalizado a las contradicciones del modelo capitalista de desarrollo. Como en la década de 1970, tales contradicciones volvieron a estallar, corregidas y aumentadas, a partir de mediados de la década de 2010, hasta definir el momento actual de interregno en la transición hegemónica y crisis orgánica de sobreacumulación (por falta de oportunidades de reproducción del capital y por la caída de las tasa de beneficio), crisis, a su vez, que es producto de las décadas de aumento de las desigualdades internas e internacionales de la globalización neoliberal (Robinson, 2019a, 2019b). Ese grupo dominante ya estaba constituido cuando el sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva habló de “un bloque monopólico extranjero-local (‘transnacional’ en el fondo), que, junto con las alturas de la burocracia militar y civil vinculadas no sólo política sino económicamente a él, constituye el eje social de una dominación eventualmente fascista, o sea, presta a fascistizarse cuando las circunstancias históricas lo requieran” (Cueva, 1976: 472). Este bloque está integrado dentro de una “estructura de poder” (Zavaleta, 1979: 83) que hay que buscar, no al interior de los países latinoamericanos (quizá con la excepción de Brasil), sino en EEUU, porque es allí donde se localiza

la triangulación entre las fuerzas ultraderechistas, autoritarias y neofascistas de la sociedad civil, el poder político reaccionario y represivo en el Estado, y el capital corporativo transnacional, especialmente el capital financiero espe-

culativo, el complejo militar-industrial y de seguridad, y las industrias extractivas (Robinson, 2019a: 173),

los tres, a su vez, dependientes y vinculados con “el capital de alta tecnología o digital” (Robinson, 2019a: 173).

1.2. La trama del neofascismo periférico

La línea argumental del ensayo es que, lo mismo que el modelo de “desarrollo dependiente” (Sunkel, 1967) o “lumpendesarrollo” (Frank, 1973) de América Latina del período desarrollista, el modelo neoliberal de desarrollo, instalado después de la crisis de la deuda, priorizó la competitividad internacional espuria o truncada en la región (Amin, 2013; Neilson, 2020). Esta opción, basada en la desvalorización del trabajo y la depredación de los recursos naturales (Fajnzylber, 1992), se puede volver a renombrar como “lumpendesarrollo” (Amin, 2013: 47), un término que desnuda la ideología de la emergencia aplicada a los países de la periferia.⁷ El lumpendesarrollo provocó un crecimiento no sostenible por falta de cambio estructural, un crecimiento depredador muy intensivo en recursos naturales y sujeto a la insuficiencia dinámica en la creación de empleo formal (Bhaduri, 2008), frente

⁷ “Un auténtico proyecto de emergencia es exactamente lo contrario de uno que incluye la sumisión unilateral a las exigencias del capitalismo globalizado de los monopolios generalizados, que sólo puede resultar en lo que llamo *lumpendesarrollo*. Estoy aquí tomando prestado libremente el término utilizado por el difunto André Gunder Frank para analizar un desarrollo similar, pero en diferentes condiciones espaciales y temporales. Hoy, el lumpendesarrollo es el resultado de una acelerada desintegración social ligada al modelo de ‘desarrollo’ (que no merece ese nombre) impuesto por los monopolios de los centros imperialistas sobre las sociedades dominadas de la periferia. Se refleja en el dramático crecimiento de las actividades de supervivencia (la llamada esfera informal), es decir, en la pauperización inherente a la lógica unilateral de acumulación de capital” (Amin, 2019, cursivas en el original).

al que los gobiernos del ciclo progresista aplicaron correcciones efectivas a corto plazo pero sin romper con las estructuras sociales tradicionales de la desigualdad de riqueza y poder (Robinson, 2018). Enfrentados al dilema de unas sociedades divididas entre privilegiados y gente sin derechos, extendieron los derechos sin tocar apenas los privilegios cuando “tropezaron contra el enorme poder estructural del capital transnacional, y sobre todo de los mercados financieros globales” (Robinson, 2019b). Pero donde los privilegios fueron afectados, entonces los gobiernos progresistas debieron enfrentar una oposición violenta, como muestra el intento de golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez de 2002, elegido democráticamente con un 60% de los votos (Burchardt, 2017), y tras su victoria inapelable en el referéndum revocatorio de 2004 (con el 59% de los votos), tuvieron que parapetarse contra todas las acciones subsiguientes de carácter económico, político y mediático destinadas a sabotear el proceso democrático bolivariano tanto desde dentro como desde fuera (García Linera, 2017).

Al margen del caso venezolano, autodefinido como socialista, el intento progresista de corregir los excesos del modelo neoliberal de desarrollo llegando a pactos de no agresión con la tradicional oligarquía de los agronegocios, comercial, financiera y ahora también mediática (North & Grinspun, 2016; Burchardt, 2017; García Linera, 2017; Cypher, 2018), además del peligro de dejar intacto el formidable poder del bloque opositor de las fuerzas conservadoras situadas transitoriamente a la defensiva,⁸ tenía una importante inconsistencia temporal: los objetivos a largo plazo del progresis-

⁸ Tales fuerzas conforman un bloque integrado “por poderosos consorcios que controlan las telecomunicaciones y medios de comunicación de masas; por grupos financieros locales articulados al capital financiero internacional; por segmentos de la élite empresarial vinculados a las cadenas de valor a escala global; por cúpulas reaccionarias de las jerarquías religiosas, incluyendo una presencia mucho mayor de vertientes evangelistas [...]; y por fracciones de la oligarquía terrateniente agroexportadora con estrechos vínculos y redes de interacción

mo eran muy dependientes de una coyuntura de bonanza de los precios de los productos primarios (de ahí que se descalificara a tales gobiernos como neo-extractivistas), coyuntura que, por definición, resultaba dependiente y volátil (Estay, 2018; Robinson, 2018; 2019b; Ahumada, 2019). Cuando el estancamiento secular de los países centrales y la maduración de la transformación estructural interna desaceleró el crecimiento de China y, con ello, la menor demanda de productos primarios, deprimió los precios, el ciclo alcista se clausuró; los gobiernos progresistas, enfrentados a las contradicciones del modelo, empezaron a caer ante la ofensiva del bloque de poder dominante (la restauración conservadora) y fueron sustituidos por “extractivismos conservadores reajustados” por un “creciente autoritarismo” (el sistema judicial de excepción para las flexibilizaciones sociales y ambientales),⁹ que era la condición necesaria para imponer los “extractivismos depredadores” (Gudynas, 2018: 24, 40-41) de toda la vida o, como señala Hans-Jürgen Burchardt (2017: 122), “la drástica profundización de la explotación de los recursos naturales”.

Ahora bien, siguiendo la tradición de la teoría de la dependencia (Petras, 1979 y 1980), tal estrategia correspondió a la dinámica de la clase capitalista transnacional para eludir la crisis de sobreacumulación (la tesis del estancamiento secular), que se buscó sortear mediante un proyecto neofascista. Este “fascismo del siglo XXI”, el “neoliberalismo con esteroides” de EEUU bajo la presidencia de Donald Trump, supuso una intensificación dramática de la “globalización capitalista represiva” (Robinson, 2019a: 171, 176; Harris, 2020), un “imperialismo recargado” (Romano, 2020), so pretexto de revertir el proyecto cosmopolita de globalización

con los principales corporativos que comandan los flujos de capital a nivel mundial” (Vázquez, 2020: 199).

⁹ Recuérdese, *mutatis mutandis*, que la contrarrevolución burguesa y el Estado capitalista de excepción fueron los dos elementos que prueban el “parentesco” entre el fascismo y las dictaduras militares del Cono Sur en la década de 1970 (Borón, 1977: 521).

(Noonan, 2020). Así, si “el trumpismo es la variante estadounidense de una derecha neofascista frente a la crisis en todo el mundo” (Robinson, 2016), el neofascismo latinoamericano del siglo XXI correspondería a la fase superior del neoliberalismo, o neoliberalismo tardío, en los países periféricos. Al basarse en la “acumulación militarizada o acumulación por represión” (Robinson, 2019a: 161), resulta legítimo denominarlo “neofascismo neoliberal” (Hernández, 2019), ya que para los gobiernos que lo ponen en práctica “el neofascismo va de la mano del neoliberalismo” (Vandepitte, 2018). Esta caracterización del neofascismo periférico del siglo XXI como fase superior del neoliberalismo sugerida por Adoración Guamán (2020: 151) se sustenta en la tesis de David Harvey, inspirada en Karl Polanyi, de que la utopía neoliberal del mercado autorregulado sólo puede realizarse mediante “la fuerza, la violencia o el autoritarismo [...] o incluso el fascismo declarado” (Harvey, 2005: 37). Como señaló Armando Boito Jr. en el debate con el viejo oponente a la tesis del (neo)fascismo latinoamericano Atilio A. Borón (1977; 2019), “fascismo, neoliberalismo y neocolonialismo no son excluyentes” (Boito Jr., 2019).

2. RESTAURACIÓN NEOLIBERAL-CONSERVADORA Y AUTORITARISMO

En una entrevista concedida a la *Folha de S. Paulo* de julio de 2014, con motivo de su asistencia a una reunión conjunta de Unasur con los BRICS, el presidente de Ecuador, Rafael Correa, afirmó que estaba en marcha una “restauración conservadora” en la que las derechas de América Latina se disponían a articularse con la derecha internacional para poner fin al ciclo progresista,¹⁰ que, como

¹⁰ Véase <https://www1.folha.uol.com.br/mundo/2014/07/1488868-restauracao-conservadora-ameaca-ciclo-progressista-diz-rafael-correa>.

el propio Correa señalaría más tarde, había modificado “substantialmente el balance político de la región” (Correa, 2019a). Por su parte, el sociólogo y politólogo brasileño Emir Sader (2014) se hizo eco de los intentos de restauración conservadora que se estaban organizando en Brasil, Uruguay, Argentina y Ecuador, en paralelo a la agresión sobre Venezuela –calificada poco antes como “amenaza fascista” (Borón, 2014)– y que tenían en común “el rol desestabilizador de los medios de comunicación privados” mediante campañas de denuncia de la corrupción de gobiernos y partidos progresistas, y la puesta en circulación de líderes alternativos de nueva derecha, caras jóvenes y dinámicas, de raza blanca y aparentemente bien formados, procedentes del entorno empresarial transnacionalizado.

En noviembre de 2015, la victoria de Mauricio Macri en las presidenciales de Argentina fue el punto de partida de la anunciada restauración conservadora (Correa, 2019a). El reflujo de la marea progresista encontró un terreno abonado en el fin de la bonanza económica del ciclo progresista (Thawites, 2020) y su “década idílica” (Ocampo, 2015: 8), en la que los altos precios de los productos primarios impulsados por la industrialización de China parecían haber acabado con “el pesimismo de las elasticidades” de la teoría centro-periferia de Raúl Prebisch (Vernengo, 2018: 173). Con el apoyo de los grupos mediáticos monopólicos y de *think tanks* estadounidenses financiados por la National Endowment for Democracy (NED), agencia satélite del Departamento de Estado, la estrategia electoral de la nueva derecha se basó en politizar la lucha contra la corrupción, mientras se incubaba a una joven generación de líderes posmodernos, que, liquidados los

shtml. En realidad, Correa había hecho alusión a la “restauración conservadora” durante una gira oficial en noviembre de 2013 por Francia, a propósito de la “desaceleración integracionista” cuya abanderada era la Alianza del Pacífico. Véase <http://www.ecuadorenvivo.com/politica/24-politica/7305-esa-izquierda-del-todo-o-nada-es-la-mejor-complice-de-la-derecha-diario-el-telegrafo-de-guayaquil.html>.

gobiernos progresistas, y a partir de la propagación de todo un repertorio de “ideas clasistas, racistas, elitistas, xenófobas y discriminatorias” propias del “neofascismo”, debían preparar el terreno para que las multinacionales pudieran saquear o recolonizar los países que se habían resistido a, o las zonas que se habían preservado de, sus operaciones (Pavón-Cuéllar, 2017). Para ello, como ya había sucedido en el pasado, era necesario cultivar los bajos instintos aporofóbicos (de miedo y rechazo hacia la pobreza y las personas pobres) y racistas de una clase media que, imbuida de la ideología de la meritocracia, y aspirando a pertenecer a élite, estaba cada vez más cerca del proletariado debido a la crisis (Grigera & Webber, 2018). Después de la victoria de Macri, la ansiedad ante el “*empobrecimiento psicológico*” (relativo o subjetivo) provocado “por la distancia decreciente en relación con los estratos inferiores, y por la distancia en aumento respecto de los estratos sociales superiores” (Germani, 1968: 13, cursivas en el original) desempeñaría también un papel clave en el ascenso del neofascismo periférico en Brasil, que junto con Colombia, son dos de las sociedades más estratificadas de la región y dos de los países integrados con el Ecuador en el club de lo que el escritor brasileño Rubem Fonseca (1990: 13) denominó la kakistocracia, esto es, el gobierno de los peores, de los más “ineptos”.

“Somos víctimas de nuestros propios éxitos”, había dicho Correa en la mencionada entrevista de 2014, aludiendo al crecimiento de la clase media gracias a la prosperidad económica y las políticas sociales impulsadas por los gobiernos progresistas. Éstos habían intentado corregir el modelo neoliberal de desarrollo a corto plazo mediante la utilización social de las rentas extractivas para la reducción de la pobreza y mediante pactos por el consumo y el empleo que ensancharon la clase media, y, con una visión de más largo plazo, apostaron por la inversión en infraestructuras y capital humano (salud y educación) y el fortalecimiento de las empresas estatales, verdaderos puntales del Estado desarrollista, para el cambio de la estructura productiva y la diversificación de esta exportadora hacia bienes y servicios de mayor valor añadido

y ambientalmente más sostenibles (Domínguez & Caria, 2016a; Arsel, Hogenboom & Pellegrini, 2016; Burchardt, 2017; Grigera & Webber, 2018; Correa, 2019b; Thawites, 2020).

Pero el fin del ciclo progresista no se debió sólo a que la crisis económica frustró las expectativas de la nueva clase media aspiracional, acabó con los pactos de empleo y consumo de los gobiernos progresistas (Thwaites, 2020) e interrumpió el proceso de cambio estructural apenas iniciado (Domínguez & Caria, 2016b). También hubo errores atribuibles a los gobiernos progresistas y una incapacidad manifiesta para resolver las sucesiones de líderes carismáticos. Las victorias de Macri en noviembre de 2015 y de la oposición en las elecciones parlamentarias en Venezuela en diciembre de ese año, la derrota de Evo Morales en el referéndum para permitir la reelección en febrero de 2016, la falta de apoyo ante el golpe de Estado parlamentario contra Dilma Rousseff en agosto del mismo año, la traición de Lenin Moreno a la herencia del correísmo propiciando el encarcelamiento de su propio vicepresidente Jorge Glass en 2017, y la posición del MAS tras el golpe de Estado en Bolivia, son muestras de ese problema no menor de selección de liderazgos (Becker, 2017; Schavelzon, 2020; Stefanoni, 2020). A ello se unió, en el caso paradigmático de Brasil, el dilema del “modelo de conciliación de clases” de la socialdemocracia tras los destrozos sociales de la década de gobiernos neoliberales: cuando la crisis económica obligó a elegir entre la fidelidad a los electorados que votaban para ampliar o mantener los programas sociales y el crecimiento del empleo, por un lado, y los privilegios e intereses del capital transnacional, por el otro, aquellos fueron traicionados y éstos defendidos copiando el original conservador-neoliberal, que es el que se acabó imponiendo, en su variante neofascista, ante la decepción de los de abajo y el abandono del proyecto progresista de parte de una fracción de las clases subalternas (Marcelo Badaró, en Grigera & Webber, 2018; Robinson, 2019c).

2.1. Restauración neoliberal-conservadora y autoritarismo

En efecto, la desmovilización y cooptación de las organizaciones de base (Movimiento de los Trabajadores sin Tierra) y los sindicatos (Central Única de Trabajadores), así como las concesiones a los agronegocios y las compañías mineras en detrimento de los intereses de poblaciones marginales, debilitaron el apoyo popular a la heredera de Lula da Silva cuando la crisis económica provocada por el fin del *boom* de los precios llevó a negociar nuevas concesiones a la élites financieras con el nombramiento del banquero neoliberal, Joaquim Levy, como Ministro de Finanzas, con un programa de recorte del gasto público, abaratamiento de las pensiones y reducción de los derechos de los trabajadores que no satisfizo a los inversores extranjeros y sólo empeoró la crisis (Grigera & Webber, 2018; Nadal 2018; Robinson, 2019b; Lopes de Souza, 2020; Schavelzon, 2020). El alejamiento de su base electoral, las manifestaciones contra el rápido deterioro de la situación económica de la nueva clase media lumpen –en el sentido que imita “la imagen de los valores consumistas de la clase alta sin los medios para alcanzarlos” (Petras, 1976: 51)–, y la innovadora estrategia de *lawfare* –el uso del aparato judicial para fines de persecución política articulada con servicios de información internacionales y medios de comunicación concentrados– caldearon el ambiente para el golpe institucional que acabó con la destitución de Dilma en agosto de 2016. Ello trajo de vuelta, bajo la presidencia interina de Michel Temer, las políticas y reformas neoliberales: una enmienda constitucional para congelar por veinte años el gasto social, una nueva legislación laboral para flexibilizar el mercado de trabajo, y múltiples concesiones a las compañías petrolíferas de EEUU (Nadal, 2018; Grigera & Webber, 2018; Hernández, 2019; Pahnke & Milan, 2020; Zubiría, 2020; Thwaites, 2020; Guamán, 2020).

A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron. La derrota del Acuerdo de Paz en el plebiscito de octubre de 2016 por la movilización de lo que años atrás ya se había calificado como el neofascismo uribista en Colombia (Uribe, 2013) fue la

antesala regional de la victoria de Donald Trump en las presidenciales de EEUU en noviembre. La elección del nuevo presidente, que supuso la llegada del neofascismo a la Casa Blanca (Foster, 2017), confirmó las anticipaciones de William I. Robinson (2011): ante el fracaso de la revolución pasiva de Barak Obama, la crisis sistémica del capitalismo facilitaría en EEUU la llegada de “un proyecto de fascismo del siglo XXI”, que estaría caracterizado, entre otros elementos, por la fusión del capital transnacional con el poder político reaccionario, la puesta en marcha de un circuito letal de acumulación-explotación-exclusión, la militarización y extrema masculinización de las decisiones políticas, la búsqueda de chivos expiatorios para reorientar las tensiones sociales y una ideología racista y neocolonial.

En este contexto de legitimación, “la capacidad del poder económico de determinar los resultados electorales” permitiría inicialmente emerger al neofascismo sin necesidad de ruptura del orden constitucional (Robinson, 2011). Así, a la victoria del proyecto neofascista encarnado por Trump (Robinson, 2016), siguieron la de Sebastián Piñera, el heredero comprensivo del pinochetismo (Fernández Barai-bar, 2012), en las presidenciales de Chile en diciembre de 2017; la de Mario Abdo Benítez, hijo del secretario privado del dictador genocida Alfredo Stroessner, en las presidenciales de Paraguay en abril de 2018 (Vázquez, 2020); la de Iván Duque, el “fascismo con rostro humano” (Pizón, 2018b) cómplice del genocidio de líderes sociales y defensores de los derechos humanos (Pizón, 2018a), en las presidenciales de Colombia en junio de 2018; y, sobre todo, el resultado aplastante (con el 55% de los votos a partir de una participación del casi 79%) del fascista Jair Messias Bolsonaro en la segunda vuelta de las presidenciales de Brasil en octubre de ese año.

Bajo el encuadre mediático de la lucha contra la corrupción pública (para ir justificando las privatizaciones), el previo encarcelamiento y anulación de la candidatura de su oponente Lula da Silva (que siguió como favorito en las encuestas a pesar de estar ya en prisión) por medio de un juez “independiente” luego nombrado ministro de Justicia y Seguridad Pública por el propio Bolsonaro, el

candidato del “neofascismo” fue fortalecido sobre la marcha. Así, se le dotó de un equipo económico ultraneoliberal (el futuro superministro de Finanzas, el banquero y doctor en Economía por la Universidad de Chicago, Paolo Gedes) para llevar a cabo un programa de desmontaje de las políticas progresistas, y parte del Ejército (el general Antônio Hamilton Martins Mourão como candidato a vicepresidente) le proporcionó el sostén para garantizar la estabilidad social que la aplicación del imperio de la ley por medio de un sistema judicial con sesgo de clase y neoconservador podría poner en peligro (Grigera & Webber, 2018; Vázquez, 2020). En cambio, la violencia contra la izquierda durante la campaña electoral (que incluyó ametrallamientos de los buses del candidato del Partido de los Trabajadores, el asesinato de Marielle Franco, las amenazas de muerte a Marcia Tiburi, que tuvo que abandonar el país, y las ejecuciones de varios líderes del Movimiento de los Trabajadores sin Tierra) no fue investigada, como tampoco había sido nunca objeto de preocupación del sistema judicial brasileño la violencia contra los pobres, porque los jueces, que gozan de autonomía y están entre los mejor pagados del mundo, fueron siempre proclives a considerar las movilizaciones sociales como ilegales y raramente investigaron los crímenes y la brutalidad policial en las favelas o los asesinatos de líderes sociales y defensores de los derechos humanos (Grigera & Webber, 2018; Pahnak & Milan, 2020).

Ahora bien, la candidatura del “fascista” Bolsonaro –que incluyó los elementos característicos de repulsa a los partidos tradicionales, intolerancia respecto de los oponentes y el pluralismo político, personalismo, autoritarismo, señalamiento de las víctimas de la dictadura como agresores (“terroristas”), búsqueda de chivos expiatorios degradados (“bandidos”, “vándalos”, “violadores”, “pedófilos”, “corruptos”, “comunistas”, “asesinos”), anti-intelectualismo y apelación a la violencia (Reis & Soares, 2017)– se impuso gracias a que recibió, además, un apoyo exterior fundamental desde EEUU. Su objetivo no era implantar un “régimen fascista” (Marcelo Badaró, en Grigera & Webber, 2018), sino un “gobierno fascista” (Sabrina Fernandes, en Grigera & Webber,

2018), esto es, el neofascismo periférico que, como verdadero estadio superior del neoliberalismo, y subordinado al fascismo del siglo XXI de EEUU, tenía el claro propósito de “desterrar toda posible resistencia orgánica y pública al avance de sus multinacionales” (Tolcachier, 2018). Como anticipó el sociólogo brasileño Ricardo Antunes, este gobierno habría de continuar las políticas iniciadas durante la recomposición del bloque de poder en el interregno de Temer, cuando parte de la élite, que se había beneficiado de las actuaciones progresistas, se movió hacia la recuperación de un “régimen de extracción de valor más agresivo”, basado en la “reducción de los derechos de los trabajadores, el incremento de la precarización, la desfinanciación y privatización de los servicios públicos, el retroceso de las protecciones ambientales y los derechos indígenas, y un programa económico ultraneoliberal. En resumen, una nueva ronda de acumulación por desposesión y la creación de un marco legal que afianza el capitalismo altamente depredador” (Antunes, en Grigera & Webber, 2018).¹¹

2.2. Neofascismo neoliberal y dictaduras democráticas

Si la victoria de Macri fue el inicio de la restauración neoliberal-conservadora, la victoria de Bolsonaro representó, además, el “fin de la tercera ola de las democracias” en América Latina (Lagos, 2018). Para los politólogos convencionales se inauguraba, así, una nueva era de “autoritarismos electorales” (Lagos, 2018), que re-

¹¹ Robinson traza un paralelismo entre los proyectos del fascismo del siglo XXI y el neofascismo de Bolsonaro en los siguientes términos: “Como en los Estados Unidos bajo Trump, Bolsonaro propuso la privatización y desregulación total de la economía, abriendo el Amazonas a los intereses madereros, mineros y agroindustriales transnacionales, la tributación regresiva y la austeridad general, junto con la represión masiva y la criminalización de los movimientos sociales y las comunidades vulnerables que podían oponerse a este programa” (Robinson, 2019c: 1087).

flejaría el movimiento mundial de ascenso del populismo autoritario como alternativa a la democracia liberal (Mounk & Foa, 2018; Aguasvivas & Masek, 2020). Sin embargo, desde la teoría de la dependencia, y dada la naturaleza profundamente antidemocrática del neoliberalismo como proyecto político (Harvey, 2005), Bolsonaro hacía parte de la nueva “marea parda” (Selwyn, 2018) en la que el “autoritarismo” iba a ser “el sostén principal de la restauración neoliberal” (Finol, 2018). Esta “involución autoritaria” (Moncayo, 2020: 108) quedó patente en Brasil con el encarcelamiento de Lula da Silva (mediante lo que luego se confirmó como una suspensión absolutamente irregular de sus garantías constitucionales, que duró 580 días), y el “frenesí represivo” que se iba a producir contra los Sin Tierra, los Sin Techo, los movimientos de mujeres, los colectivos LGTBIQ, los sindicatos, los movimientos estudiantiles y las organizaciones de las favelas (Borón, 2019), tal y como se anunció durante la campaña electoral. En ella, Bolsonaro hizo una defensa abierta de la violencia, incluyendo la reivindicación de las torturas de la dictadura militar y la propuesta de legalizar el uso privado de armas para combatir el crimen; y sus declaraciones misóginas, LGTBIQ fóbicas, racistas y xenóforas, más su intención declarada de borrar a la izquierda del mapa, se fueron estructurando en una “guerra contra el marxismo cultural”, cuya vanguardia fue el fundamentalismo evangélico, verdadera síntesis de los “elementos de fascismo” y neoliberalismo que acabaron conformando su gabinete (Sabrina Fernandes, en Grigera & Webber, 2018).

Tras la victoria de Bolsonaro, el regreso de la pulsión autoritaria de la derecha se convirtió en tendencia regional con los levantamientos de octubre de 2019 en Ecuador (que había sido la vanguardia de la movilización antineoliberal en la década de 1990) y Chile (la cuna del neoliberalismo) y los paros nacionales en Colombia de ese último año. Todos estos fenómenos quedaron anudados en la protesta popular contra las medidas neoliberales, que llevan a la desintegración social, al aumento de la pobreza, la desigualdad, y la emigración. En estos tres casos, como en el de Honduras, donde el candidato derechista Juan Orlando Hernández

repitió como presidente tras su segundo masivo fraude electoral, o el de Haití, con las movilizaciones contra la corrupción y las medidas de austeridad del gobierno cleptocrático de Jovenel Moïse, la brutal represión y la vuelta de los militares a controlar la seguridad ciudadana estuvieron a la orden del día, de modo que se puede calificar a estos gobiernos como de “un fascismo en suspenso” (Rivara, 2019) y a todas estas derechas neoliberales en acción como “neofascistas” (Moncayo, 2020: 109), en la medida en que para imponer las medidas neoliberales sugeridas o directamente dictadas por el FMI hacen uso de un “autoritarismo de mercado” que requiere “instrumentos típicamente fascistas” (Guamán, 2020: 153).

Así, el perfil violento de la restauración neoliberal-conservadora, que antes de que calara ese concepto ya había sido anticipado por el analista boliviano Hugo Moldiz (2013) a propósito de los golpes en Honduras, Haití y Paraguay (la “contraofensiva fascista”), fue acentuándose a medida que la contestación social volvió a manifestarse y marchar frente a las políticas de ajuste coordinadas por el “fascismo made in USA” (Finol, 2019a). Tales políticas fueron infligidas, a iniciativa propia o al dictado del FMI, por las “clases dominantes-dominadas criollas” (Bambirra, 1978: 100), integradas ahora en el Grupo de Lima a fin de desconectar la región de la influencia de China y volver al redil del patio trasero. Lo que había sido el ciclo de impugnación al neoliberalismo, desde la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela en 1999 hasta su muerte en 2013, y que fue protagonizado por los gobiernos progresistas (Thwaites, 2020), ahora, tras el supuesto fin de ese ciclo, se retomó nuevamente en las calles y las carreteras. Vale decir que la violencia represiva ante esa estrategia de voz fue seguida por la de salida, allí donde las posibilidades de cambio se consideraron totalmente bloqueadas, en medio de la pasividad de la comunidad internacional, como en Honduras y Haití, pero también en Colombia, donde el “fascismo institucionalizado” (Finol 2018) siguió permitiendo el asesinato impune de líderes sociales y defensores de los derechos humanos, sin que ello detuviera el proceso de adhesión a la OCDE ni provocase la suspensión del Tra-

tado de Asociación con la UE mediante la activación de su cláusula democrática. Semejante a un “Estado gremial o corporativo de tipo fascista” (Pinzón, 2018a), Colombia calificaría, por ello, como “verdadero fascismo del siglo XXI” (Robinson, 2019b).

La tesis de Robinson (2011) de que el fascismo del siglo XXI se impondría sin necesidad de ruptura del orden constitucional empezó, pues, a verse comprometida a partir de 2019 con el recurso a los estados de excepción en Brasil, Ecuador, Chile y Colombia. En paralelo, se produjo “el descalabro del sistema interamericano” (Tokatlian, 2020), el principal valedor de la democracia liberal en América Latina, aunque sujeto al “doble rasero” que tradicionalmente aplica el imperialismo (Amin, 2000), pero que ahora el “trumperialismo” despreció al atribuirlo a la “doble moral” demócrata (Romano, 2020). El sistema se resintió por la aplicación hasta sus últimas consecuencias de la doctrina *America First* en materia de defensa, derechos humanos y finanzas. En 2019 se decidió aplicar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) a Venezuela, país que lo había denunciado en 2013, con la recomendación de considerar el “empleo de la fuerza armada” (artículo 8), con lo que EEUU volvió a retomar la idea de cambio de régimen de la Guerra Fría. Washington, que rehusó a asistir a las audiencias de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) sobre inmigración desde la llegada de Trump a la Casa Blanca, fue reduciendo sus aportaciones para el organismo y apoyó la creación del Foro para el Progreso de América del Sur (Prosur), cinco de cuyos países (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Paraguay) demandaron a la CIDH, tras insinuar su intromisión en asuntos internos, para que respetara “el legítimo espacio de autonomía” de los Estados respecto a la protección de los derechos humanos; además, tras la relección del servil Luis Almagro como secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA) en marzo de 2020 (con sólo 23 votos y el rechazo explícito de diez países), el diplomático uruguayo (al que el presidente José Mujica había aceptado la dimisión como Ministro de Exteriores por diferencias sobre el intento de golpe en Venezuela en 2014), se abstuvo de renovar el

mandato del secretario general de la CIDH y emprendió acciones para minar la autonomía de lo que todavía era “el órgano más prestigioso” de la, por otra parte, desacreditada historia del interamericanismo. Finalmente, en junio de 2020, EEUU nominó al nuevo presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Mauricio Claver-Carone (un estadounidense de origen hispano-cubano, y defensor de la política de línea dura contra Cuba y Venezuela), “con el propósito de condicionar la provisión de créditos” y “limitar la expansión de China en América Latina”, rompiendo así el pacto político tácito mantenido desde 1959 de elegir un latinoamericano para dirigir el BID (Tokatlian, 2020).

En el caso de Bolivia se unieron los dos elementos que en lo interno y lo externo conectaban el neofascismo periférico con el fascismo del siglo XXI: la renuncia a legitimar la restauración conservadora por la vía electoral y la ofensiva para detener la pérdida de hegemonía de EEUU ante al avance de China y las políticas de autonomía latinoamericanas recuperadas por México y Argentina (Katz, 2019a). Pese al desgaste que supuso forzar la habilitación de Evo por el Tribunal Constitucional como candidato a la relección presidencial previamente rechazada en el referéndum de 2016, el apoyo popular al gobierno progresista era tan amplio que la oposición tuvo que recurrir directamente al tradicional golpe de Estado cruento —el método que a prueba y error ya se había ensayado en Venezuela en 2002, Haití en 2004, la propia Bolivia en 2008, Honduras en 2009, Ecuador en 2010, Paraguay en 2012, Venezuela en 2013 y Nicaragua en 2018— para derrocar al presidente Morales en noviembre de 2019, en un “contexto de extremada violencia contra cualquier persona identificada con el oficialismo que rayaba con un clima de fascistización social” (Stefanoni, 2020). Pero, como en Ecuador y Chile, los muertos y heridos resultantes de la actuación de la policía y los militares para reprimir las protestas contra el “golpe fascista” (Finol, 2019b) fueron ampliamente ignorados por la prensa nacional, a pesar de ser calificadas como masacres por la CIDH, y, al igual que en Ecuador, varios miembros destacados del gobierno del MAS, además del presidente y el vicepresidente, tuvie-

ron que refugiarse en México y Argentina (Farthing, 2020; López San Miguel, 2020). La operación se basó en activar los movimientos sociales de oposición, previamente contruidos con cargo a los generosos fondos de la NED (Farthing, 2020) y alentados por la fragilidad legal que permitió la candidatura para la última reelección (Schavelzon, 2020; Stefanoni, 2020), y se llevó a cabo por medio del Ejército y la Policía, con el apoyo directo de Washington y sus lacayos de la OEA, ejerciendo Brasil de emisario principal (Farthing, 2020).

El golpe cívico militar, previo boicoteo de los comicios ante el seguro triunfo del MAS, fue operado a partir de las lecciones extraídas del fracaso de la estrategia de la oposición tras las elecciones presidenciales de Venezuela en 2013: en vez de generar protestas violentas por el fraude *después* de la victoria incontestable de Nicolás Maduro (Borón, 2014), se construyó un relato de fraude *antes* del recuento y se buscó disimular la violencia ejercida por grupos de extrema derecha paramilitar –como la Unión Juvenil Cruceñista controlada por el presidente del Comité Cívico de Santa Cruz, Luis Fernando “Macho” Camacho– para impedir el conteo, como una cruzada de la “democracia” contra la “dictadura” satánica de Evo Morales (Pedregal, 2020; Mongis, 2020). Camacho “puso en práctica las proclamas de Bolsonaro” y Trump elogió la intervención del Ejército (Katz, 2019a). Al final, frente al candidato que obtuvo el 47% de los votos emitidos, se autoproclamó presidenta por medio de una Asamblea Legislativa sin el *quorum* constitucional necesario a Jeanine Áñez, que obtuvo el 4% del voto en las elecciones supuestamente fraudulentas. Pese a ello, Áñez fue reconocida de inmediato por EEUU, Canadá y la Unión Europea, si bien a condición, en este último caso, de que convocara nuevas elecciones (Vandepitte, 2019; Finol, 2019a y 2019b; Tolcachier, 2019; Farthing, 2020; Giordano, 2020).

Una de las primeras decisiones de la presidenta fue utilizar al Ejército para aplastar las protestas contra el golpe. Aunque sigue sin aclararse por qué se dejó el resultado de la elección en manos de la OEA y por qué los congresistas del MAS aceptaron la

renuncia de Evo Morales y Álvaro García Linera, finalmente quedó demostrado que el cómputo de votos se había realizado correctamente (Schavelzón, 2020), lo que dejó en evidencia al cada día más abyecto Luis Almagro. Pero lo cierto es que los objetivos de la operación, que parece sacada de la doctrina de la contrainsurgencia de la Guerra Fría, se cumplieron: eliminar a Evo Morales de la circulación (acusándolo de sedición e incitación al terrorismo por los crímenes cometidos por la Policía y el Ejército, en un proceso de *lawfare* que roza la obscenidad y finalmente ha sido suspendido); cortocircuitar el intento de realineamiento geopolítico de Bolivia con China y de paso impedir el cambio estructural que, esta vez, sí podría consolidarse;¹² bloquear posibles estrategias de *soft balancing* en el patio trasero en un eje en el que estarían Cuba (cuyos médicos fueron inmediatamente expulsados), Venezuela (con la salida de Bolivia del ALBA-TCP y su incorporación al Grupo de Lima), México y Argentina (contrarios al Grupo de Lima y sostenedores gubernamentales del Grupo de Puebla); y proceder a la apertura del país sin restricciones a las multinacionales estadounidenses. Sobre este último punto, las evidencias no dejan lugar a dudas, como revelan la autorización a Monsanto para introducir cultivos transgénicos, la ilegal privatización por decreto de la Empresa Nacional de Electricidad, y la posibilidad de recuperación del control estratégico sobre las mayores reservas probadas de litio del mundo (el 70% y las únicas nacionalizadas) para TESLA, en consorcio con la canadiense Pure Energy Minerals (Tolcachier, 2019; Farthing, 2020; Aponte, 2020; Pedregal, 2020; Giordano, 2020; Paz, 2020).

Tras el estallido de la pandemia de Covid-19, los gobiernos neofascistas de la marea parda, verdaderas “dictaduras democrá-

¹² Con el proyecto de crear una sociedad mixta entre las empresas públicas COMBOL (Corporación Minera de Bolivia) e YLB (Yacimientos de Litio Bolivianos) con la china TBEA para la fabricación de coches eléctricos a través de la compañía nacional Quantum (Aponte, 2020; Pedregal, 2020).

ticas”, como las denomina la economista brasileña Leda Paulani (en Grigera y Webber, 2018), aprovecharon para concentrar poder en el ejecutivo, avanzar estratégicamente los intereses de EEUU, y frenar las protestas sociales imponiendo “con mayor fuerza su brutalidad” (Campos, 2020). En Brasil, Ecuador, Colombia, Chile, Bolivia, Honduras, El Salvador o Haití, la gestión de la pandemia ha sido desastrosa y habrá que esperar al análisis del excedente de mortalidad para comprobar el número real de muertos, que podría ser entre dos y cinco veces mayor que el declarado. En el caso de Bolivia, la pandemia sirvió, además, para ir posponiendo las elecciones y revelar la catadura moral de los luchadores contra la “dictadura”, con el escándalo de las comisiones millonarias en la compra de respiradores inservibles (Giordano, 2020). Pero quizá lo más frustrante resulte la actitud de la “izquierda ‘purista’” (Correa, 2019a), con su crítica maximalista a los gobiernos progresistas,¹³ pero que desaparece discretamente del primer plano cuando los neofascistas llegan al poder o los que ya estaban instalados se comportan como tales. El aplastante resultado de las presidenciales en Bolivia de octubre pasado garantizará a esta izquierda académica la materia prima para volver a su tradicional actitud de distanciamiento hipercrítico con el neo-extractivismo progresista, que pone sólo la diana en China, olvidándose convenientemente de EEUU o Canadá.¹⁴

¹³ “mientras que a los gobiernos de derecha se les criticaba no haber hecho nada, a los gobiernos de izquierda se les critica no haber hecho todo” (Correa, 2019a).

¹⁴ Este es el caso de Maristella Svampa, en cuya crítica al neo-extractivismo progresista no aparecen por ningún lado la dependencia de EEUU o Canadá (pese a ser socios principales del comercio internacional y las inversiones de las industrias extractivas en los países de América Latina), mientras que se atribuye en exclusiva a China “la profundización de un extractivismo neodependentista” (Svampa, 2019: 95).

3. PASADO Y PRESENTE DEL NEOFASCISMO DEPENDIENTE/PERIFÉRICO

3.1. De las miradas coyunturales a las miradas estructurales

En noviembre de 2019, el expresidente Rafael Correa, en una conferencia multitudinaria en Ciudad de México, a la que tuve la fortuna de asistir, desmontó las claves de la explicación convencional sobre el fracaso de los gobiernos progresistas que trajo el cambio de ciclo. Dicho relato se resume en que la corrupción política (“la falta de fuerza moral de los gobiernos progresistas”) y las políticas económicas erradas (“el supuesto fracaso del modelo económico de izquierda”) fueron los detonantes de la crisis económica continental, que frustró las expectativas de movilidad social ascendente de la clase media aspiracional y privó del apoyo a los gobiernos progresistas cuando se puso en marcha la restauración conservadora. Para Correa, por el contrario, la corrupción respondió a un “encuadre comunicacional” y de *lawfare* que buscaba reescribir un problema crónico del sector privado como una responsabilidad del sector público, del Estado; mientras que las políticas económicas y sociales de los gobiernos progresistas resultaron tan efectivas que la “izquierda fue víctima de su propio éxito”. En este sentido, las clases medias padecieron el instinto de emulación vebleniano (Correa lo denominó “síndrome de doña Florinda” en referencia al personaje del Chavo del 8) ya que la cultura hegemónica propagada por los carteles mediáticos –convertidos “en los principales partidos de oposición de los gobiernos progresistas”– logró que los deseos de las grandes mayorías fueran funcionales a los intereses de las élites. En definitiva, la recesión continental que siguió al fin del súper-ciclo de los precios habría que buscarla, no en el libreto convencional de la derecha político-mediática sobre el fracaso económico y moral de los gobiernos progresistas, sino en las estructuras de unas economías que seguían siendo dependientes y por lo mismo resultaba tan difícil a corto plazo cambiar su matriz productiva, distributiva y exportadora (Correa, 2019a).

La explicación menos complaciente de lo que pasó no niega la versión anterior. Pero la historia es algo más compleja. Al haber expuesto en exceso a las economías nacionales a los shocks externos, haciéndolas demasiado dependientes del gasto público para cooptar a los movimientos sociales y comprar el apoyo político de la oligarquía mientras la coyuntura económica era favorable, los gobiernos progresistas, enfrentados a la restricción externa cuando cayeron los precios y se deterioraron los términos de intercambio y como muestra el caso paradigmático del Brasil de Dilma, se asustaron ante la protesta social de la izquierda contra las primeras medidas de austeridad neoliberal, no tocaron los privilegios de la élite y toleraron la demagogia anti-corrupción de la extrema derecha y el cartel mediático, abriendo así el camino a la restauración conservadora que pasó a la ofensiva contra las reformas progresistas, hasta desembocar en la victoria electoral del autoritarismo neofascista de Bolsonaro (Grigera & Webber, 2018; Caetano, 2018; Antunes de Oliveira, 2019; Lopes de Souza, 2020).

Pero, frente a esta interpretación coyuntural sobre el auge del neofascismo periférico del siglo XXI, hay que volver a la mirada estructural a la que el propio Correa aludió, lo que remite a dos perspectivas diferentes. La primera, que recupera la tradición de estudios psico-sociales sobre el fascismo de la teoría crítica, es la del fascismo social. Éste, “a diferencia del fascismo político [...], es pluralista, coexiste fácilmente con los regímenes democráticos” y se materializa “en un conjunto de procesos sociales por los cuales masas extensas de población son marginadas o expulsadas de cualquier tipo de contrato social” por la expansión de la lógica del mercado (Santos, 2007: 191-192). Este “régimen social y civilizacional” (Santos, 2010: 560) tiene varias expresiones: el fascismo de *apartheid* social, “la segregación social de los excluidos dentro de una cartografía urbana dividida en zonas salvajes y zonas civilizadas”; el fascismo del “Estado paralelo” o de doble rasero (fascista para las zonas salvajes y democrático para las civilizadas); el “fascismo paraestatal” en sus vertientes contractual (que diluye el contrato social basado en derechos para convertirlo todo

en mercancía) y territorial (que reproduce el doble rasero a nivel internacional); el “fascismo populista” (que sustituye la democracia ciudadana por la libertad de elección del consumidor); el “fascismo de la inseguridad” (que degrada el trabajo y proyecta ideas retrospectivas sobre la ineficacia de los servicios públicos frente a la glorificación del sector privado); y el “fascismo financiero” que busca internacionalizar todos los elementos anteriores mediante la lógica del valor de cambio del capital (Santos, 2007: 311-315). Todas estas manifestaciones del fascismo social multiplican las exclusiones sociales que “existen tanto dentro de las sociedades nacionales (el Sur interior) como de las relaciones entre países (el Sur Global)” (Santos, 2009: 563).

La segunda mirada, propiamente estructural, es la que se desplegó en el debate sobre el neofascismo latinoamericano durante el segundo lustro de la década de 1970. De aquellas apasionantes discusiones se puede rescatar primeramente la dimensión internacional del fenómeno, que, en clave dependentista, converge con la exclusión del Sur Global contenida en el concepto de fascismo social. En efecto, la realidad actual del neofascismo periférico articulado al fascismo del siglo XXI dibuja un “espacio neofascista global” (Hernández & Ramiro, 2019). Y en dicho espacio, hay un “nuevo modelo neofascista” que está “colonizando la arquitectura institucional de las democracias representativas”, cuyo funcionamiento se limita a las contiendas electorales, mientras se va construyendo un conjunto de normas generadas desde entes privados y el poder corporativo, no negociables por la soberanía popular. Son las normas inviolables “que permiten al mercado actuar sin límites y garantizar la acumulación de riqueza por parte de las grandes corporaciones transnacionales” (Hernández & Ramiro, 2019). Esta nueva institucionalidad se asienta en el uso fascista del derecho (en el sentido de imponerse por una autoridad difusa, los *mercados*, a la soberanía popular) a través de la *lex mercatoria*: el nuevo orden económico y jurídico global que expresa la captura corporativa del Estado y que está compuesto por un amplio conjunto de normas de derecho internacional articuladas con las

legislaciones nacionales orientadas a la promoción del comercio y la protección de los intereses de los inversores extranjeros, tales como las condicionalidades de los préstamos del FMI y la banca multilateral de desarrollo (Banco Mundial y BID), los acuerdos de asociación y tratados de libre comercio o los acuerdos mega-regionales (Guamán, 2020).

Del debate sobre el neofascismo en América Latina de la Guerra Fría es posible recuperar, además del enfoque global, un conjunto compacto de ideas que, a modo de tesis, pueden servir para interpretar el neofascismo periférico actual en la tradición de la filosofía de la praxis marxista, que es la que inspiró la teoría de la dependencia. Estas tesis abordan la relación entre el neofascismo periférico, por un lado, y la crisis hegemónica de EEUU, el nacionalismo (incluida la versión del subimperialismo), el capital extranjero, la ayuda imperialista en la solución de la crisis hegemónica interna, el expediente de la represión para imponer el proyecto desnacionalizador, y la fragilidad constitutiva del proyecto neofascista a nivel interno y regional, por el otro. En lo que sigue se formulan y explican seis tesis, y a continuación se evalúa su pertinencia para el análisis del neofascismo periférico del siglo XXI a modo de lecciones de la historia.

3.2. Seis tesis sobre el neofascismo periférico y su pertinencia actual

Las seis tesis sobre el neofascismo periférico se pueden formular de la siguiente manera: tesis de la crisis hegemónica (1); tesis del falso nacionalismo (2); tesis de la desnacionalización (3); tesis de la dependencia de la ayuda externa (4); tesis del estado de excepción permanente y militarización de la política (5); y tesis de la doble fragilidad constitutiva (6).

Tesis de la crisis hegemónica (1). El neofascismo periférico fue el producto de la crisis hegemónica de los EEUU en el contexto del desafío planteado a su dominación desde la periferia. Esto no contradice

el primer postulado de Poulantzas si se entiende el imperialismo no en el sentido específico que dio Lenin al concepto, sino en el de Samir Amin (2000), para quien el imperialismo “no es un estadio (ni siquiera el último)” sino una característica que resulta “inherente a la expansión del capitalismo” como empresa de devastación a nivel mundial y cuyos objetivos son “el control de la expansión de los mercados, el saqueo de los recursos naturales de la tierra, la superexplotación de las reservas de trabajo en la periferia”. Tal fue el sentido implícito del “imperialismo moderno” en la interpretación seminal del neofascismo latinoamericano (Briones, 1975b: 27). La crisis de inicios de la década de 1970, con la quiebra del sistema monetario y financiero internacional de Bretton Woods, fue una “crisis señalizadora” del fin de la fase de expansión del capitalismo transnacional (Arrighi, 2010: 379). Concretada en el fin del patrón oro-dólar, tuvo su reflejo en “una aguda crisis política en la estructura del sistema de dominación internacional” (Briones, 1975a: 739; Briones & Caputo, 1978), al punto que años más tarde Giovanni Arrighi (2010: 379) la consideró retrospectivamente como “la crisis terminal de la hegemonía de EEUU”.

Esta tesis de la crisis hegemónica tiene claras implicaciones geopolíticas. En efecto, el fortalecimiento de la capacidad negociadora del Tercer Mundo provocó en el bloque del G-77 una división entre los países en los que el conflicto interno de clases se saldó a favor del “nacionalismo desarrollista y populista” –que fue “un proyecto de ‘negociación’ de la dependencia mediante la alianza de los sectores dominantes con los sectores populares”– y aquellos que optaron por el “neofascismo” subordinando al capital extranjero (Briones, 1975a: 740) y, por tanto, basaron su ventaja comparativa en facilitar la superexplotación de la mano de obra local (Cueva, 1976). La crisis política se localizó principalmente en América Latina, “zona caracterizada por estrechas y bien definidas relaciones de dependencia con el imperialismo”, donde México, Venezuela y Perú jugaron la carta del nacionalismo desarrollista (al punto de que el presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, en pleno ataque de tercermundismo, lanzó la idea de crear un orga-

nismo latinoamericano de seguridad política y unidad económica sin la participación de EEUU), mientras las dictaduras del Cono Sur se alinearon con el neofascismo de Brasil (Briones, 1975a: 740).

En un contexto de crisis hegemónica de EEUU en el plano externo, el neofascismo periférico fue así, “la fórmula de dominación fascista, adaptada a la necesidad imperialista de asumir el control omnímodo de los países dependientes con el fin de extraer de ellos la mayor cantidad posible de excedente económico” (Cueva, 1978: 100).

Tesis del falso nacionalismo (2). El neofascismo latinoamericano, a diferencia del fascismo, no fue nacionalista. El nacionalismo sólo formó parte de la “fachada” (Tapia, 1980: 156) de los “gobiernos cripto-fascistas” (Zavaleta, 1977: 21), en el sentido de que era un nacionalismo “puramente simbólico” (Borón, 1977: 157), que expresa el interés nacional por medio de un rabioso anticomunismo, en la consideración del comunismo como una ideología importada por poderes externos enemigos de la seguridad nacional (Cueva, 1976; Petras, 1980). El carácter pro-imperialista del neofascismo no impidió, en todo caso, que el nacionalismo se proyectara hacia fuera contra otros países de la región, justamente aquellos que habían optado por el nacionalismo desarrollista y populista.

En este sentido, Briones (1975b: 35) exploró la posibilidad del subimperialismo de Brasil, el país que consideró “la expresión más representativa del neofascismo en América Latina”.¹⁵ La doctrina del “destino geopolítico de Brasil”, elaborada por Golbery de Couto e Silva en la década de 1950, sirvió como cobertura ideológica de neofascismo, según la cual el país, en virtud de su población y potencial económico, político y militar, podría garantizar en Sudamérica y Oeste de África “los valores occidentales y cristianos” bajo

¹⁵ En la década de 1930, según Trindade (1983), Brasil había sido el país de la región con un movimiento social propiamente fascista en su ideología, base social y organización (los camisas verdes de la Ação Integralista Brasileira). Pero, como el resto de los movimientos fascistas latinoamericanos, no pasó de la fase de “fascismo putativo” (Payne, 1982: 175).

el tutelaje de los EEUU (Briones, 1975a: 741). Después, durante la dictadura, se trató de implementar una mística de la unidad nacional a partir de lemas como “Brasil gran potencia” o “el milagro brasileño” con la ambición de convertir al país en potencia atómica y militar (Bambirra & Dos Santos, 1978). Así, los militares brasileños en el poder colaboraron en la invasión armada de la República Dominicana para evitar la vuelta de Juan Bosch, se ofrecieron a participar con EEUU en la guerra de Vietnam y con Portugal en sus guerras contra los movimientos africanos de descolonización, apoyaron el golpe de Hugo Banzer contra el gobierno nacionalista de Juan José Torres González, ayudaron a Juan María Bordaberry a combatir la insurgencia en Uruguay, financiaron la presa de Itaipú en el Paraguay de Alfredo Stroessner para controlar recursos energéticos estratégicos, y colaboraron con la represión y la lucha contra la oposición interna tras el golpe de Estado de Augusto Pinochet en Chile (Marini, 1971; Briones, 1975a; Cueva, 1976). El general Ernesto Geisel reunió en Brasilia a los dictadores de los tres últimos países y, con el asesoramiento de Couto e Silva, coordinó las acciones diplomáticas contra el gobierno nacionalista desarrollista de Juan Velasco Alvarado en Perú, agitando el fantasma de la infiltración soviética y cubana y el peligro de agresión que representaba para Chile; fue en ese momento cuando la tradicional enemistad entre Bolivia y Chile por la salida al mar se recondujo contra el antiguo aliado: Perú (Briones, 1975a).

Por tanto, si el subimperialismo es “el ejercicio de una política expansionista relativamente autónoma, que no sólo se acompaña de una mayor integración del sistema productivo imperialista sino que se mantiene en el marco de la hegemonía ejercida por el imperialismo a escala internacional” (Marini, 1977: 37),¹⁶ el neo-

¹⁶ El subimperialismo se ha definido también como “una política externa de subordinación al imperialismo, de quien requiere una asociación preferencial en la periferia para proyectarse internacionalmente” (Martins, 2015: 16).

fascismo brasileño sirvió para “debilitar o minar la solidaridad del Tercer Mundo” alineándose con las posiciones de EEUU (Petras, 1979: 413), aunque en ciertos momentos se tratase de una “cooperación antagónica” (Marini, 1969: 87), como sucedió durante la presidencia de Jimmy Carter a causa de las diferencias sobre el respeto a los derechos humanos y el desarrollo de la energía nuclear para fines pacíficos (Sotelo, 2018).

Tesis de la desnacionalización (3). El neofascismo, a diferencia del fascismo, fue desnacionalizador. Como señala Briones (1975b: 33), “lejos de construir un régimen auténticamente nacionalista, su rasgo fundamental está constituido por su apertura total e incondicional al capital extranjero”. Dada la imposibilidad de expandir el capital monopólico nativo por la dependencia estructural de los países, el neofascismo se convirtió en “la alternativa política más expedita para la desnacionalización de nuestras economías”, proceso que incluyó “el desmantelamiento del antiguo sector capitalista de Estado, cuya privatización es sinónimo de desnacionalización” (Cueva, 1976: 477). El nacionalismo “retórico y verbal” contrastó con “la obsecuencia y el servilismo demostrados en el tratamiento del capital extranjero” y con la razón de ser de las dictaduras, a saber, “la profundización de un patrón de desarrollo capitalista” que solidificase “las relaciones de dependencia que liga[ba]n las economías latinoamericanas a la metrópoli imperialista” (Borón, 1977: 517). Al tratarse de gobiernos de las burguesías nacionales dependientes y asociadas al capital internacional, “los regímenes fascistas en condición de dependencia” tenían que llevar a cabo “una política económica a favor de las inversiones internacionales”, en la medida en que la burguesía internacional era “el sector hegemónico dentro del bloque de poder” (Theotônio Dos Santos en García *et al.*, 1978: 30). En definitiva, “el contenido nacional” del neofascismo no podía realizarse a través de “gobiernos esencialmente entreguistas” (Dos Santos, 1978: 158), porque el neofascismo periférico era constitutivamente “un instrumento del desarrollo dependiente” (Petras, 1979: 407).

Tesis de la dependencia de la ayuda externa (4). El neofascismo periférico no pudo imponerse internamente sin la ayuda externa del imperialismo. Producto de la crisis hegemónica externa, el neofascismo periférico también fue la solución a la crisis hegemónica al interior de los países, pero la ausencia de una base de apoyo popular de masas (Cueva, 1976; Dos Santos, 1977), el carácter oligárquico del neofascismo,¹⁷ impidió que la “burguesía nacional domesticada”, asociada y subordinada a las multinacionales, pudiera implantar por sí sola el proyecto desnacionalizador (Borón, 1977: 511). De hecho, “las condiciones excepcionalmente favorables a las inversiones norteamericanas”, y el apoyo a las multinacionales y al gobierno de EEUU “en términos económicos, financieros, militares, policiales, ideológicos, políticos y diplomáticos”, fueron el pago por el reforzamiento del poder y la neutralización o destrucción de los adversarios durante la génesis y el mantenimiento de los movimientos y gobiernos fascistas en América Latina (Kaplan, 1976: 144-145). El modelo de desarrollo del neofascismo, basado en “la penetración masiva de las empresas transnacionales” (Borón, 1977: 517) y la liquidación de cualquier forma de compensación estatal (identificada con el comunismo) para paliar los efectos del funcionamiento del mercado (Cueva, 1976; Tapia, 1980) gravitó sobre la “superexplotación de la clase trabajadora”, esto es, fue un modelo concentrador en lo económico (que favoreció los monopolios y la centralización financiera) y excluyente en lo social (que marginó a las clases subalternas y provocó el empobrecimiento de parte de la clase media) (Briones, 1975a: 747).

¹⁷ “La élite oligárquica está formada principalmente por representantes del gran capital local (financiero, industrial, comercial, agrario) aliado a las empresas multinacionales del poder hegemónico y, en menor medida, de los países capitalistas avanzados menos importantes. A partir de este polo social, se construyen las coaliciones sociales, complejas y duraderas, con las fuerzas armadas, ciertos sectores de la *intelligentsia* burocrática y de carrera, los cuadros de las clases medias, la burocracia sindical y la aristocracia obrera” (Kaplan, 1976: 145).

Así, “el fenómeno de la fascistización sería inexplicable a no mediar la presencia e influencia del imperialismo”, si bien el elemento genético fundamental resultó ser la crisis hegemónica al interior de los países ante el avance de las demandas de las clases dominadas (Tapia, 1980: 159, 167). En todo caso, el neofascismo, que tenía un carácter “defensivo” (Dos Santos, 1970: 458), se configuró a partir de “una proposición extrínseca” (Zavaleta, 1979: 84). La misma se concretó en las políticas y doctrinas del Pentágono, del complejo militar-industrial (Tapia, 1980) y de su brazo financiero (el FMI), que, con sus condicionalidades (devaluación y liberalización de la cuenta de capitales) conducentes a la especialización primario exportadora (Reyna, 1978), proporcionó el modelo de subdesarrollo “profundamente desnacionalizante”, adaptado sobre la marcha por las élites locales “para crear o restaurar las condiciones de su propia subsistencia como clase dominante” (Tapia, 1980: 161). En ese sentido, es importante tomar nota de que la doctrina de la seguridad nacional, que subordina el concepto de desarrollo al de seguridad (Maira, 1978) y otorga al “crecimiento económico la dimensión de una empresa de características y urgencias bélicas” (Tapia, 1980: 162), fue “la base ideológica que permitió unificar políticamente a la mayoría militar” (Dos Santos, 1977: 187). Para ello, el principio de “seguridad hemisférica” del TIAR se reorientó hacia las estrategias de contrainsurgencia o guerra interna a partir de tres elementos: la consideración del adversario político como enemigo que debía ser liquidado; la concepción del conflicto social como un fenómeno ajeno a la sociedad en que se desarrollaba (como una subversión provocada por la infiltración del enemigo exterior que debía ser abordada por tácticas y métodos militares para su aniquilación); y la pretensión de restablecer, luego del período de excepción, la democracia liberal como democracia viable (Charles, 1978; Ruy Mauro Marini en García *et al.*, 1978).

Tesis del estado de excepción permanente y militarización de la política (5). El neofascismo recurrió al estado de excepción y lo convirtió en permanente, lo que facilitó la subordinación de la política a las

lógicas militares. Dada su estrecha base social, su pretensión de “aniquilamiento del poder socio-político de las clases trabajadoras” (Tapia, 1980: 171), y el modelo de lumpendesarrollo que planteaba –concentrador en lo económico y excluyente en lo social, con una “brutal redistribución regresiva del ingreso” (Briones, 1975b: 38)–, el neofascismo sólo podía mantener la hegemonía, una vez en el poder, a partir de “formas autoritarias y represivas de control social” que le permitieran “sostener en la cúspide del sistema de dominación al gran capital controlado por el imperialismo” (Briones, 1975a: 747). El neofascismo periférico dio preferencia a la “represión de élite antes que movilizar las bases” (Dos Santos, 1977: 187). Esta “rutinización de la represión”, que debilitó el Estado de Derecho haciendo de la arbitrariedad la norma, tenía por objeto “disciplinar a la fuerza de trabajo” (Petras, 1980: 120-12). Y como el neofascismo no podía resolver la crisis de las sociedades que subyugaba se apoyó básicamente en el aparato militar. Como dijo Agustín Cueva (1976: 478), “su fuerza es pues una fuerza militar; su debilidad una debilidad civil”. En definitiva, el neofascismo fue “el correlato político de la explotación imperialista llevada a su máximo rigor” (Cueva, 1978: 106), lo que Ruy Mauro Marini denominó superexplotación del trabajo (la combinación de la extracción de plusvalía absoluta y relativa), que acabó siendo la base material del capitalismo dependiente (Marini, 1978; Seabra, 2019).

Tesis de la doble fragilidad constitutiva (6). El proyecto neofascista era constitutivamente frágil tanto a nivel interno como a nivel regional. En la medida en que fortalecía al capital internacional antes que al nacional, de la tesis 5 se concluye que el neofascismo solo podía ser “impuesto desde arriba” y sobrevivir apoyado “mucho más en una apatía política de amplios sectores pequeño burgueses y obreros que en una capacidad real de ganar apoyo activo” (Dos Santos, 1977: 187). En ese sentido, el neofascismo era “una forma de ‘desmovilización’” (Tapia, 1980: 170) que, en la práctica, y prefigurando el concepto de “fascismo populista” de Santos (2007: 313), buscaba “cooptar a través del mercado y del fetichis-

mo consumistas a un cierto tipo de sector social que es simultáneamente condenado al inmovilismo político” (Borón, 1977: 516). Sin embargo, al basarse en la explotación interna, el neofascismo provocó la intensificación “de conflictos verticales y horizontales” que involucraban “al trabajo y a las clases medias”, provocando un estrechamiento aun mayor de su base social, lo que podía dar lugar a un “cambio de ropaje” (Petras, 1979: 408) o “cambio cosmético” (Petras, 1980: 124) en forma de democracia vigilada.

En el frente internacional, el neofascismo propendió al juego de suma cero, por lo que, como proyecto regional, también resultó sumamente frágil. El modelo neofascista chocaría “con la necesidad de definir un mecanismo de decisión respecto de la especialización relativa por la que cada país debería optar”, lo cual, dada la naturaleza de clase del neofascismo y la militarización de la política que conllevaba, sólo podría traducirse, siguiendo la tesis del subimperialismo de Marini,

en un esquema de dominación y explotación entre estos mismos países –efecto de especializaciones productivas impuestas en algunos casos en contradicción con sus propias ventajas comparativas– en donde los países que demuestren mayor poderío económico y militar tendrán las posiciones de privilegio (Briones, 1975a: 748).

El examen de estas seis tesis a la vista de la segunda temporada del neofascismo periférico muestra la vigencia actual de la teoría política de la dependencia, a partir de la que se construyó el debate sobre el neofascismo latinoamericano durante la década de 1970.

La crisis hegemónica de EEUU y el desafío de China en América Latina (tesis 1) es el factor que condujo a los gobiernos de las nuevas y viejas derechas a alinearse con extrema sumisión a la agenda internacional de la administración Trump, a través de la obediencia al FMI, la integración el Grupo de Lima y la creación de Prosur. Con sus políticas de austeridad en un contexto de liberalización de la cuenta de capital, la restauración neoliberal-

conservadora en Argentina o Ecuador volvió a disparar los déficits gemelos, ahondando en la primarización y el extractivismo. En palabras del economista argentino Claudio Katz (2018), primarización y extractivismo “reproducen el escenario clásico del dependentismo” y “son las denominaciones contemporáneas del subdesarrollo”, una situación donde se activa el circuito letal de acumulación-explotación-exclusión promovido por el fascismo del siglo XXI (Robinson, 2011).

El neofascismo periférico del siglo XXI deja nuevamente constancia de su nacionalismo de fachada (tesis 2). Apelando a la unidad nacional, sigue intentando deslegitimar a los que protestan contra las medidas neoliberales y la gran corrupción de los gobiernos represivos neofascistas, con la agitación del fantasma bolivariano, que repite como farsa la historia de la Guerra Fría con Venezuela sustituyendo a la Unión Soviética, aunque siempre queda Cuba (sus médicos) como elemento de continuidad. En el caso de Brasil, la función subimperial del neofascismo periférico en América del Sur quedó muy desdibujada con la presidencia de Bolsonaro, en la que el nacionalismo sólo se ha activado como expediente para defender la quema de la Amazonía frente a las acusaciones internacionales, mientras que cualquier rastro de cooperación antagónica con EEUU desapareció del mapa, minada por la desindustrialización y la reprimarización a las que conduce el programa desnacionalizador neofascista.¹⁸

Siguiendo con el caso paradigmático brasileño, esta desnacionalización (tesis 3) es lo que estaba detrás del golpe institucional que permitió el interregno de Temer, durante el cual se concesio-

¹⁸ Como señala Leda Paulani (en Grigera & Webber, 2018), “nuestro ‘Trump tropical’, a diferencia de la versión original, es nacionalista sólo en el discurso, porque, además de saludar a la bandera estadounidense y a los políticos estadounidenses, tiene un programa de gobierno radicalmente liberal, que prevé amplias privatizaciones y liquidación del patrimonio nacional a grandes grupos internacionales, incluidos recursos naturales estratégicos como minerales, petróleo e incluso agua”.

nó a Exxon Mobil la segunda mayor superficie de exploración de petróleo del país, permitiendo el acceso a las reservas a Shell, Chevron y British Petroleum, y también entonces empezaron las privatizaciones encubiertas por medio de concesiones de servicios públicos a alianzas público-privadas. Apoyado ya por un movimiento neofascista que opera a través de redes sociales y tiene una ideología neofascista propia (“el fascismo tropical” de las iglesias evangélicas), Bolsonaro continuó con esa política de desnacionalización: durante su primer año en el cargo se redujo el salario mínimo por decreto y se profundizó en la reforma liberal precarizadora, la destrucción de la Amazonía aumentó un 84%, las privatizaciones de los sectores estratégicos (energía, finanzas, transporte) se pusieron en marcha de acuerdo a un plan de liquidación de un centenar de empresas estatales para 2022, y el sistema de pensiones fue reformado para incentivar los fondos de pensiones privados, mientras el presupuesto público de educación quedó brutalmente recortado (Leda Paulani, en Grigera & Webber, 2018; Boito Jr., 2019; Katz, 2019a; Phanke & Milan, 2020).

¿Cómo pudo llegar Bolsonaro a presidente a partir de una agrupación minúscula de nostálgicos de la dictadura militar, el Partido Social Liberal, tras siete legislaturas situado en los márgenes del Congreso dentro del Partido Social Cristão? La repuesta pasa por la crisis de legitimidad de los partidos tradicionales de la izquierda (Partido dos Trabalhadores) y del espectro del centro-derecha (Partido da Social Democracia Brasileira y Partido do Movimento Democrático Brasileiro). A los que podían perder privilegios (el núcleo duro del potencial electorado de Bolsonaro de ley y orden: los ricos y las clases medias altas, que habían quedado huérfanas políticamente ante los casos de corrupción que afectaban también a Temer y su entorno) se les unieron los que podían perder derechos y que habían apoyado al progresismo en el pasado (una parte de las clases medias, incluyendo los que habían ingresado a ellas gracias a las políticas progresistas que ahora rechazaban para afirmarse en su recién lograda integración) (Grigera & Webber, 2018).

Sin embargo, la victoria de Bolsonaro es inexplicable sin el apoyo exterior de EEUU (tesis 4). De la red de fundaciones de extrema derecha de ese país, conocida como Atlas Network, surgió el Movimento Brasil Livre, que logró cooptar los símbolos anti-sistema y las jornadas de junio de 2013 contra la subida de los precios de transporte del viejo Movimento Passe Livre (una organización de izquierda autónoma creada del Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2005), para resignificarlo, con el apoyo del cartel mediático –que pasó de denunciar los “actos de vandalismo” a alentar las manifestaciones antigubernamentales–, como luchas patrióticas contra la corrupción y la inseguridad, dos elementos que acabaron asociando a la política de la “dictadura comunista” del gobierno. En EEUU se formó y fue equipado con las técnicas del *lawfare* (incluida la filtración de documentos legalmente clasificados a la prensa antes del juicio para crear un clima de opinión condenatorio contra la izquierda), el juez Sérgio Moro, que comandó la operación Lava Jato contra Petrobras y Odebrecht, dos compañías que concurrían en Sudamérica con las multinacionales norteamericanas del sector petrolífero y de infraestructuras. De EEUU procede la ideología evangélica, neoconservadora en lo moral (en guerra contra el “marxismo cultural” supuestamente infiltrado en la educación pública y en el que se incluye desde la agenda de la interseccionalidad hasta la lucha contra el calentamiento global) y neoliberal en lo económico (la teología de la prosperidad) defendida por la nueva base social de las iglesias neopentecostales (el espíritu del capitalismo weberiano en América Latina), que opera a través de cientos de fundaciones no gubernamentales de carácter religioso receptoras de fondos públicos de USAID. Y de EEUU salieron las *fake news* replicadas en las redes sociales y toda clase de *apps* por medio de *bots* localizados en ese país mediante técnicas de guerra digital aplicadas a la campaña electoral, en la que el *lawfare* dejó ilegalmente fuera de juego a Lula da Silva, el candidato que, incluso encarcelado, siguió yendo por delante en las encuestas (Reis & Soares, 2017; Tolcachier, 2018; Grigera & Webber, 2018; Vázquez, 2020; Pahnke & Milan, 2020).

Los gobiernos de la restauración conservadora, ante la ola de protestas contra las medidas neoliberales de 2019, recurrieron a la represión brutal (Ecuador, Chile y Colombia), o la pusieron en práctica tras acceder al poder mediante un golpe de Estado cruento (Bolivia) con el apoyo imprescindible de los militares (tesis 5). En Colombia, el “terrorismo de Estado con fachada electoral” (Finol, 2018) se tradujo en el asesinato de más de 1.000 líderes sociales y defensores de los derechos humanos desde la firma del Acuerdo de Paz en noviembre de 2016 hasta agosto de 2020, según datos de Indepaz (www.indepaz.org.co). Con su saldo de decenas de muertos y cientos de heridos, estados de sitio, toques de queda, persecución política de los opositores, exiliados que tuvieron que pedir refugio político nuevamente en México, violaciones de los derechos humanos (incluyendo asesinatos selectivos, torturas por parte de la policía y el ejército, y detenciones masivas), los gobiernos neofascistas, desde El Salvador hasta Brasil, aprovecharon después la pandemia de Covid-19 para decretar el estado de excepción permanente. En esas condiciones, los gobiernos neofascistas cedieron al poder militar la tutela del aparato represivo (Aguasvivas & Masek, 2020; Farthing, 2020). En el caso de Brasil, se vivió en estado de excepción desde el momento en que la presidencia electa para un mandato de cuatro años fue destituida en un proceso parlamentario sin base constitucionalmente motivada, su sustituto interino accedió al cargo mediante una sentencia inaceptable del Tribunal Supremo Federal, y las elecciones presidenciales se celebraron en un clima de amedrentamiento y violencia tolerada judicialmente contra la izquierda. La militarización de la política llegó aquí al punto de que el gabinete de Bolsonaro incluyó siete generales (en la actualidad son nueve los ministros uniformados), más que durante los gobiernos de la dictadura (Reis & Soares, 2017; Grigera & Webber, 2018).

Debido a su alejamiento del votante mediano y a la contradicción internacional de los gobiernos autoritarios (que conduce a la carrera hacia el fondo en los derechos de los trabajadores y la naturaleza), la viabilidad de los gobiernos neofascistas resulta altamente cuestionable (tesis 6) salvo que se sostenga en un régi-

men dictatorial. Algunos autores, como Boito Jr. (2019), consideran que es posible “concebir teóricamente la hipótesis de una dictadura fascista neoliberal o neocolonial” en Brasil: medidas como el Programa Nacional de Escuelas Cívico-Militares, que pretende crear 200 centros de educación primaria con agentes militares retirados sirviendo como tutores; el acoso financiero y a la autonomía de las universidades públicas, denunciadas como nidos de la izquierda; el desprecio a los activistas defensores de los derechos humanos; la creciente tolerancia al racismo, la LGTBIQ fobia y la violencia de género; o el total desprecio por los pueblos indígenas o los habitantes del Nordeste, la región más pobre que votó masivamente contra Bolsonaro (Lopes de Souza, 2020), son elementos que avalarían esa hipótesis. Otros, sin embargo, consideran que los apoyos a Bolsonaro de los de abajo son “circunstanciales” y que su gobierno, sostenido sobre los intereses de los agronegocios, las iglesias evangélicas, los militares y los grupos financieros que aspiran a la privatización de la educación, la seguridad social y los recursos naturales, tiene fecha de caducidad (Rodrigo Nunes, en Grigera y Webber, 2018; Katz, 2019b). En la coyuntura actual (tras el resultado de las elecciones presidenciales de EEUU), la hipótesis de la dictadura ya no resulta factible: el candidato demócrata, Joe Biden, anunció que el fortalecimiento de la democracia sería una de sus prioridades, podrá llevar a cabo su proyecto de organizar y acoger durante el primer año de su mandato presidencial una Cumbre Mundial por la Democracia para hacer frente al “rápido avance del autoritarismo”, que considera uno de los principales desafíos globales, y redoblará los esfuerzos por integrar a los gobiernos de América Latina “en una red más amplia de democracias” (Biden 2020). Por ello, no es de descartar una activación del subimperialismo brasileño, reforzando la cooperación con los BRICS como nuevo modo de cooperación antagónica, aunque para Bolsonaro esta estrategia estará repleta de contradicciones, por las declaraciones anti-chinas de su entorno y por la propia dinámica interna del grupo donde India será un aliado clave de EEUU.

CONCLUSIONES

La marea parda autoritaria en América Latina no se puede explicar por las limitaciones y supuestos fracasos de las políticas neodesarrollistas de los gobiernos progresistas. Más bien, estas administraciones fueron combatidas por las clases dominantes-dominadas debido a los resultados sociales de las modestas reformas, no a causa de los fallos de las políticas económicas progresistas, que mientras la coyuntura externa resultó favorable permitieron no sólo mantener sino incluso aumentar los beneficios de las élites (Burchardt, 2017; Antunes de Oliveira, 2019). Como en la década de 1970, la lumpenburguesía regional (Beinstein, 2016) reaccionó ante la caída de los precios de las materias primas y la contracción de la inversión extranjera reclamando una restauración conservadora que permitiera el aumento de la superexplotación del trabajo de las clases subalternas que sólo era viable desde el autoritarismo político cada vez más violento. En esta su segunda temporada, el neofascismo periférico, aunque contaba con apoyos internos no despreciables, sólo podía ser impuesto desde fuera con el concurso del fascismo del siglo XXI de EEUU, de su estado policíaco global y de su movilización en red neofascista, de manera que la tesis de Harvey sobre la incompatibilidad del neoliberalismo y la democracia y el Estado de derecho se hizo presente por medio del giro autoritario de corte fascista (Ecuador y Chile) o directamente vía golpe de Estado (Bolivia).

El neofascismo latinoamericano comparte con el fascismo del siglo XXI su particular fusión del capital transnacional con el poder político reaccionario, la puesta en marcha del circuito letal de acumulación-explotación-exclusión, la militarización y extrema masculinización de las decisiones políticas, la búsqueda de chivos expiatorios para reorientar las tensiones sociales, y una ideología racista y neocolonial de legitimación, todo lo cual remite al marco interpretativo de la teoría de la dependencia en un sentido clásico pero también de acuerdo a una interpretación renovada. Según esta última, es necesario reconocer las nuevas formas de opresión étni-

ca, racial, de género y sexual, opresión que “no es tangencial, sino constitutiva del capitalismo”, pero, a diferencia de las políticas de identidad de la izquierda posmoderna que permiten canalizar el malestar social fragmentándolo, no hay que olvidar que estas nuevas formas de opresión deben ser combatidas a la vez que se cuestiona el capitalismo global que las perpetúa y reproduce junto con la explotación de clase y la internacional (Robinson, 2019a: 180).

Desde ese enfoque, se puede afirmar que los gobiernos neoliberales en su deriva neofascista, y los que accedieron al poder con un programa de corte neofascista como en el caso de Brasil, buscaron desmontar las conquistas sociales logradas durante los gobiernos progresistas durante la “década social” (Caetano, 2018: 61), o prevenir el avance de esas demandas, recurriendo, si era preciso, al protagonismo del Ejército en el mantenimiento del orden público. A ello se unieron el combate frontal (la guerra cultural) a las ideologías marxista, de género y ecologista, es decir, la confrontación con la aspiración hacia una mayor igualdad interna (en la interseccionalidad clase-género-raza) e intergeneracional.

Los gobiernos neofascistas aprovecharon el mecanismo psicosocial de desplazamiento del temor y la ansiedad de las viejas y nuevas clases medias y, con la promesa irracional de restaurar la seguridad, la estabilidad y la prosperidad (Robinson, 2018; 2019a; 2019b), atribuyeron los padecimientos de las clases subalternas, no a las políticas neoliberales que esos mismos gobiernos perpetraban, sino a la pobreza subvencionada (el clientelismo progresista pagado con los impuestos de las clases medias y supuestamente degradante del ideal meritocrático de la igualdad de oportunidades) que es encuadrada como pobreza criminal (con sesgo anti indígena y anti afrodescendiente), a la corrupción de los dirigentes de partidos y sindicatos de izquierda, a la supuesta hipertrofia del Estado, a la inmigración (a la cual se atribuye la inseguridad, el desempleo y la falta de oportunidades) y a las agendas de lucha contra la violencia machista del feminismo y contra el cambio climático del ecologismo (Reis & Soares, 2017; Grigera & Webber, 2018; Vázquez, 2020). Pobres y marginados, indígenas

y negros, inmigrantes y jóvenes bachilleres y universitarios, y colectivos LGTBIQ se convirtieron, junto con la izquierda política y social (sindical, feminista y ecologista), en los chivos expiatorios de este neofascismo, cuyos signos distintivos son el machismo, el racismo y la aporofobia, característicos de sociedades profundamente estratificadas. En ellas, el temor a la proletarización de una clase media lumpen, se magnifica porque, gracias a las políticas progresistas (incluidas las de acción afirmativa por género y raza), ahora hay que compartir con los que salieron de la pobreza espacios sociales en aeropuertos, universidades y centros comerciales anteriormente exclusivos de la élite (Albistur, 2018; Grigera & Webber, 2018; Antunes de Oliveira, 2019).

A diferencia del neofascismo de la Guerra Fría, la actual corriente neofascista latinoamericana trató de mantener el simulacro democrático, bendecida por la “comunidad internacional”. Pero esta farsa quedó finalmente desenmascarada con la represión brutal en Ecuador y Chile, el genocidio democrático en Colombia, el cruento golpe de Estado en Bolivia y el proceso de golpe institucional que, ante su incapacidad de ganar democráticamente, la derecha puso en marcha para la destitución en Brasil del gobierno de Dilma Rousseff, *impeachment* que permitió finalmente el acceso al poder de Bolsonaro, en medio de una campaña electoral dominada por la violencia física característica de los procesos de fascistización, con el agravante de estar tolerada judicialmente (Reis & Soares, 2017; Katz, 2019a).

En la mayoría de los países, los medios de comunicación tradicionales fuertemente concentrados y una gran parte del *establishment* académico, otrora hipersensibles ante las supuestas violaciones de los derechos civiles y políticos y la corrupción de los gobiernos progresistas (Borón & Klachko, 2016), no sólo contribuyeron a fijar la agenda neoliberal, sino que acabaron mirando para otro lado cuando el abuso de poder y la captura del Estado por las élites y los intereses de las multinacionales, esto es, la gran corrupción inherente al capitalismo y el *modus operandi* de una oligarquía incapaz de sobrevivir sin la apropiación indebida

de lo público, volvieron a campar por sus respetos. Ante este verdadero secuestro de la democracia, se aplicó el doble rasero y algunos llegaron a justificar la deriva autoritaria y violenta de los gobiernos de la marea parda, hasta el punto de comprar el libreto de criminalización de la contestación social, que descifra la legítima, pacífica y democrática protesta popular contra las políticas neoliberales como manifestaciones de terrorismo castro-chavista (Colombia), narco-correísta-bolivariano (Ecuador, Bolivia o Chile), o sencillamente comunista (Brasil).

Así, en este último tramo tenebroso de la década de 2010, América Latina ha vuelto a concitar todas las miradas: como laboratorio de lo que podría ser un Estado policíaco global, pero también como el ensayo de una resistencia desde abajo que frene al neofascismo del siglo XXI (Robinson, 2019a). El alejamiento sideral de la agenda neofascista de las preocupaciones de los jóvenes electores urbanos de clase media radicalizada indica que la ambigua pretensión de eternidad del neofascismo en América Latina, que sigue siendo tan “grandilocuente y mentiroso” (Carmona, 1973: 104) como en el pasado, será duramente impugnada en los próximos meses por la movilización popular.

Pero para acabar con el neofascismo periférico no sólo hay que mantener la presión contra las políticas neoliberales en las calles, sino también es necesaria la coordinación de los gobiernos progresistas organizados en torno al Grupo de Puebla, a fin de activar alianzas internacionales que pongan coto a las actuaciones neogolpistas de EEUU (la “contrainsurgencia perpetua” de la que habla García Linera, 2017), que seguirán por la vía clásica o por medios renovados, independientemente de quién sea el inquilino de la Casa Blanca. La petición de dimisión de Luis Almagro como secretario de la OEA, anunciada por México y Argentina, por su papel como facilitador del golpe de Estado en Bolivia (y que pretendía reproducir con la deslegitimación preventiva de las elecciones parlamentarias de diciembre de 2020 en Venezuela), sirvió para descontar la victoria de Biden en las presidenciales. Pero la acción internacional del Grupo de Puebla debe ir más allá. México, cuya presidencia pro-témpore

de la CELAC se renovó en septiembre de 2020 por unanimidad para los próximos dos años, debería liderar, como ya lo hizo con su propuesta de Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados en 1975, una internacional global de las clases populares que ponga coto en América Latina a la Internacional del fascismo del siglo XXI que se formó con el eje Trump-Duque-Bolsonaro (Robinson, 2019c).

En septiembre de 2017, en el Seminario “Contratiempos de la izquierda progresista y el auge de la derecha en Europa del Sur y América Latina”, celebrado en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, hablé de “la precariedad teórica de la ideología del fin del ciclo progresista (repetición como farsa de la doctrina del fin de la historia)”. Esta ideología, fabricada por “la izquierda purista del todo o nada” (Correa, 2019b: 291), considera que la marea progresista fue un episodio gramsciano de revolución pasiva (Modonesi, 2014; Modonesi y Svampa, 2015), una auténtica “década perdida” (Modonesi, 2015: 28; Modonesi & Iglesias, 2016), que rápidamente fue resignificada por la derecha neoliberal, en convergencia con la izquierda maximalista, como “década desperdiciada” (Spurrier, 2016; Acosta y Cajas, 2016), frente a la evidencia empírica a contrario, la de una década ganada como la denomina Rafael Correa, como confirma el análisis crítico de los principales datos (Caetano, 2018). La ideología del fin de ciclo, en coherencia con el posmodernismo de la izquierda maximalista, resultó, pues, funcional al propósito de desmovilizar e instalar un pensamiento fatalista, derrotista y desmoralizador que objetivamente facilitó recuperar el terreno a la derecha y a sus políticas neoliberales en la guerra cultural (Martínez de Heredia, 2016). Desde el punto de vista teórico, resulta patético que los críticos de las visiones teleológicas del marxismo vengan ahora a imponer una ideología, o más bien, “un aborto ideológico” (el fin del ciclo), como “teleología histórica” de carácter “ineluctable e irreversible” (García Linera, 2017).

Al momento de terminar estas líneas, una nueva marea progresista está en marcha (Sader, 2020) propulsada por el segundo ciclo de impugnación del neoliberalismo desde las calles. En un

contexto internacional mucho más desfavorable, los gobiernos progresistas en ejercicio y los que están por llegar (porque el ciclo del fin de ciclo se está acortando rápidamente) tienen que aprender de los errores del pasado. Los progresistas deben mantener viva la movilización popular, que es lo que ha permitido la continuidad, contra todos y contra todo, del socialismo del siglo XXI en Venezuela, para lo cual es imprescindible que los partidos que apoyan a los gobiernos progresistas tengan autonomía para realizar su función de mediadores entre el Ejecutivo y los movimientos sociales. Los gobiernos progresistas deben abordar la democratización del Poder Judicial e introducir reformas constitucionales que desactiven la estrategia de *lawfare* (la condena mediática como antesala y legitimación de la condena judicial) a fin de garantizar una justicia verdaderamente imparcial y reparadora; deben crear un grupo de medios de comunicación públicos y fomentar las redes de comunicación de economía social para garantizar que la libertad de información no sea aplastada por la libertad de empresa del cartel de los medios de desinformación masiva, cuya concentración tiene que ser despedazada por la correspondiente legislación antimonopolio. Asimismo, los gobiernos progresistas deben abordar una reforma agraria que liquide la base histórica de la desigualdad (la cultura del privilegio como la denomina la CEPAL), que ensanche el apoyo popular de los gobiernos progresistas y les permita encaminarse hacia una revisión de los tratados de libre comercio para recuperar la seguridad y la soberanía alimentaria. También, los gobiernos progresistas deben poner en marcha una reforma fiscal que garantice los principios de suficiencia financiera y progresividad en el ingreso, de modo que se puedan atender el incremento del gasto público para los programas sociales y las inversiones en capital humano que reparen los destrozos de la pandemia, reduzcan la desigualdad y la informalidad laboral en el corto y medio plazo y construyan sistemas sociales universales de salud, educación, desempleo y pensiones. Finalmente, pero no en último lugar, los gobiernos progresistas en ejercicio y por venir deben retomar el proyecto de integración regional, la nueva arquitectura financiera

que tanto Lula como Dilma no quisieron impulsar –especialmente el Banco del Sur, de cuyos primeros pasos Briones (1984) tomó buena nota–, y recuperar la agenda del nuevo orden económico (y también de comunicación e información) internacional a fin de conseguir más espacio de autonomía en un contexto bipolar dominado por la rivalidad estratégica EEUU-China, que, si se distiende, permitirá jugar al menos a dos cartas en la partida para recuperar la capacidad de negociación de los precios de las materias primas introduciendo los requisitos de la sostenibilidad.

Para terminar, un comentario sobre las posibles vías de investigación que complementen esta agenda política. Aunque puedan parecer movimientos marginales, es necesario estudiar los grupos de extrema derecha (como el Frente Nacional AntiAMLO), sus estrategias de movilización, sus fuentes de financiación, sus conexiones políticas y expresiones ideológicas. Ellos son la semilla del diablo sobre la que va creciendo por abajo, y con ayuda exterior proveniente de EEUU, el sentido común que permite articular el fascismo del siglo XXI y el neofascismo periférico, sobre la base común de reivindicar la libertad (Riemen, 2018). Desde hace tiempo ambos han ido trenzando perfectamente por arriba la estructura de poder en la que se insertan las nuevas lumpenburguesías –un término que acuñó el estudioso del fascismo Ernest Mandel para referirse a la burguesía de Brasil (Beinsein, 2016)– para imponer su modelo vicario de lumpendesarrollo, basado en la acumulación por represión de la sociedad y por saqueo de la naturaleza y de todo lo que es y debe seguir siendo público.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, José & Cajas, John (2016). “Ocaso y muerte de una revolución que al parecer nunca nació. Reflexiones a la sombra de una década desperdiciada”. *Ecuador Debate*, 98, 7-28.
- Aguasvivas, Luis & Masek, Vaclav (2020). “Authoritarian Populism in the Americas: A Symptom of Democratic Crisis”. *Global Po-*

- licy Opinion*, 8-07-2020, Recuperado de <https://www.globalpolicyjournal.com/blog/08/07/2020/authoritarian-populism-america-symptom-democratic-crisis>.
- Ahumada, José Miguel (2019). *The Political Economy of Peripheral Growth. Chile in the Global Economy*. Cham: Palgrave Macmillan.
- Albistur, Gerardo (2018). “El debate sobre el fascismo latinoamericano. Nociones marxistas para explicar las dictaduras”. *Confluenze. Rivista di Studi Iberoamericani*, 10(2), 34-56.
- Amin, Samir (2000). “Imperialism and Globalization”. *Monthly Review*, 53(2). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2001/06/01/imperialism-and-globalization/>.
- Amin, Samir (2013). *The Implosion of Contemporary Capitalism*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Amin, Samir (2014). “The Return of Fascism in Contemporary Capitalism”. *Monthly Review*, 66(4). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2014/09/01/the-return-of-fascism-in-contemporary-capitalism/>.
- Amin, Samir (2019). “The New Imperialist Structure”. *Monthly Review*, 71(3). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2019/07/01/the-new-imperialist-structure/>.
- Antunes de Oliveira, Felipe (2020). “The rise of the Latin American far-right explained: dependency theory meets uneven and combined development”. *Globalizations*, 16(7), 1145-1164.
- Aponte, Maribel (2019). “Una potencia mundial en litio, el golpe de Estado y la disputa por la supremacía tecnológica entre EEUU-China”. *América Latina en Movimiento*, 26-11-2019. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/203497>.
- Arsel, Murat; Hogenboom, Barbara & Pellegrini, Lorenzo (2016). “The extractive imperative in Latin America”. *The Extractive Industries and Society*, 3(4), 380-387.
- Arrighi, Giovanni (2010). *The Long Twentieth Century. Money, Power, and the Origins of Our Times*. Londres y Nueva York: Verso.
- Bambirra, Vânia (1978). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. México: Ediciones Era.
- Bambirra, Vânia & Dos Santos, Theotônio (1978). “Dictadura militar y fascismo en Brasil”. En ILDIS, *El control político en el Cono sur* (pp. 157-189). México: Siglo XXI Editores.

- Becker, Marc (2017). "Latin America: A Conservative Restoration?" *Against the Current*, 188. Recuperado de <https://againstthecurrent.org/atc188/p4973/>.
- Beinstein, Jorge (2016). "Lumpenburguesías latinoamericanas". *Revista Maíz*. Recuperado de <https://www.revistamaiz.com.ar/2016/06/lumpenburguesias-latinoamericanas.html>.
- Bhaduri, Amit (2008). "Predatory Growth". *Economic and Political Weekly*, 43(16), 10-14.
- Biden, Joseph R. (2020): "Why America Must Lead Again. Rescuing U.S. Foreign Policy After Trump". *Foreign Affairs*, marzo/abril. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-01-23/why-america-must-lead-again>.
- Boito Jr., Armando (2019). "O neofascismo no Brasil". Recuperado de https://www.academia.edu/38906287/O_NEOFASCISMO_NO_BRASIL.
- Boorstein, (1973). "Chile: el golpe contra el gobierno popular. El golpe fascista". *Problemas del Desarrollo*, 4(16), 16-22.
- Borón, Atilio A. (1977). "El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2), 481-528.
- Borón, Atilio A. (2014). "La amenaza fascista en Venezuela". *América Latina en Movimiento*, 18-02-2014. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/active/71425>
- Borón, Atilio A. (2019). "Bolsonaro y el fascismo". *Rebelión*, 2-01-2019. Recuperado de <https://rebellion.org/bolsonaro-y-el-fascismo/>.
- Borón, Atilio A. & Klachko, Paula (2016). "Sobre el 'post-progresismo' en América Latina: aportes para un debate". *Rebelión*, Recuperado de <https://rebellion.org/sobre-el-post-progresismo-en-america-latina-aportes-para-un-debate/>.
- Bresser-Pereira, Luiz Carlos. "As três interpretações da dependência". *Perspectivas*, 38, 17-48.
- Briones, Álvaro (1975a). "Neofascismo y nacionalismo en América Latina". *Comercio Exterior*, 25(7), 739-748.
- Briones, Álvaro (1975b). "El neofascismo en América Latina". *Problemas del Desarrollo*, 6(23), 25-30.

- Briones, Álvaro (1984). “La sinuosa marcha de la cooperación ‘sur-sur’; crónica de meses recientes”. *Momento Económico*, 12, 10-12.
- Briones, Álvaro & Caputo, Orlando (1978). “América Latina: nuevas modalidades de acumulación y fascismo dependiente”. En ILDIS, *El control político en el cono sur* (pp. 227-256). México: Siglo XXI Editores.
- Burchardt, Hans-Jürgen (2017). “La crisis actual de América Latina: causas y soluciones”. *Nueva Sociedad*, 267, 114-128.
- Caetano, Gerardo (2018). “Desigualdad, desarrollo e inserción internacional. Una mirada crítica sobre la ‘década social’ y el ‘ciclo progresista’ en América Latina”. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 29(1), 60-92.
- Campos, Cristóbal León (2020). “Neofascismo y coronavirus en Nuestra América”. *Rebelión*, 11-04-2020. Recuperado de <https://rebellion.org/neofascismo-y-coronavirus-en-nuestra-america/>.
- Carmona, Fernando (1973-74). “El fascismo chileno, lección para Latinoamérica”. *Problemas del Desarrollo*, 4(16), 69-108.
- Charles, Gérard P. (1978). “Fascismo y crisis del capitalismo”. En ILDIS, *El control político en el cono sur* (pp. 13-26). México: Siglo XXI Editores.
- Correa, Rafael (2019a). “América Latina en disputa. Conferencia magistral brindada en el Museo de la Ciudad de México”, 6-12-2019. Recuperado de <https://confirmado.net/2019/11/07/conferencia-de-correa-en-mexico-la-unica-batalla-que-no-puede-perder-un-revolucionario-es-la-batalla-moral/>.
- Correa, Rafael (2019b). “El proceso de transformación en Ecuador y los desafíos a futuro”. En Daniel Filmus & Lucía Rosso (Comps.), *Las sendas abiertas en América Latina. Aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones* (pp. 269-293). Buenos Aires: CLACSO.
- Cueva, Agustín (1976). “La cuestión del fascismo”. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2), 469-480.
- Cueva, Agustín (1978). “La política económica del fascismo en América Latina”. En ILDIS, *El control político en el cono sur* (pp. 100-115). México: Siglo XXI Editores.
- Cypher, James M. (2018). “Interpreting Contemporary Latin America through the Hypothesis of Institutional Political Economy”. *Journal of Economic Issues*, 52(4), 947-986.

- Domínguez, Rafael & Caria, Sara (2016a). “Extractivismos andinos y limitantes del cambio estructural”. En: Hans-Jurgen Burchardt *et al.* (Eds.), *Nada dura para siempre. Neo-extractivismo tras el boom de las materias primas* (pp. 89-130). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Universität Kassel.
- Domínguez, Rafael & Caria, Sara (2016b). “Ecuador en la trampa de la renta media”. *Problemas del Desarrollo. Revista de Economía Latinoamericana*, 47(187), 89-112.
- Dos Santos, Theotônio (1970). “Dependencia económica y alternativas de cambio en América Latina”. *Revista Internacional de Sociología*, 32(2), 417-463.
- Dos Santos, Theotônio (1977). “Socialismo y fascismo en América Latina hoy”. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(1), 173-190.
- Dos Santos, Theotônio ([1978] 2020). *Socialismo ou fascismo. O novo caráter de dependência e o dilema latino-americano*. São Paulo: Editora Insular.
- Echazú, Carlos (2020). “El fascismo se abre paso fuera de los moldes teóricos”. *Rebelión*, 2-04-2020. Recuperado de <https://rebelion.org/el-fascismo-se-abre-paso-fuera-de-los-moldes-teoricos/>.
- Estay, Jaime (2018). “Past and Present of Latin American Regionalisms, in the Face of Economic Reprimarization”. En Ernesto Vivares (Ed.), *Regionalism, Development and the Post-Commodities Boom in South America* (pp. 47-76). Cham: Palgrave MacMillan.
- Estrada, Jairo; Jiménez, Carolina & Puello-Socarrás, José Francisco (Eds.) (2020). *Contra Nuestra América. Estrategias de la derecha en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.
- Fajnzylber, Fernando (1992). “La transformación productiva con equidad y la sustentabilidad ambiental”. En CEPAL/ONUDI, *Industrialización y desarrollo tecnológico. Informe 12* (pp. 7-26). Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Farthing, Linda (2020). “In Bolivia, the Rights Return with a Vengeance”. *NACLA Report on the Americas*, 52(1), 5-12.
- Fernández Baraibar, Julio (2012). “Piñera, Pinochet y la Patria Grande”. *América Latina en Movimiento*, 12-01-2012. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/active/52086>.

- Finol, Yldefonso (2018). “Vuelve el fascismo a Latinoamérica”. *América Latina en Movimiento*, 17-10-2018. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/195966>.
- Finol, Yldefonso (2019a). “Fascismo made in USA: del Plan Cóndor al Cartel de Lima”. *América Latina en Movimiento*, 11-01-2019. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/197519>.
- Finol, Yldefonso (2019b). “Golpe fascista en Bolivia: el alma de la contradicción fundamental”. *América Latina en Movimiento*, 11-01-2019. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/203232>.
- Fonseca, Rubem ([1990] 2011). *Agosto*. Barcelona: RBA.
- Foster, John B. (2017). “Neofascism in the White House”. *Monthly Review*, 68(11). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2017/04/01/neofascism-in-the-white-house/>.
- Frank, André G. (1973). *Lumpen-burguesía: lumpen-desarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Periferia.
- García, Pío et al. (1978). “La cuestión del fascismo en América Latina”. *Cuadernos Políticos*, 18, 13-34.
- García Linera, Álvaro (2017). “¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias?” *La Haine*, 24-06-2017. Recuperado de <https://www.lahaine.org/mundo.php/fin-de-ciclo-progresista-o>.
- Germani, Gino (1968). “Hacia una teoría del fascismo. Las interpretaciones cambiantes del totalitarismo”. *Revista Mexicana de Sociología*, 30(1), 5-34.
- Giordano, Eduardo (2020). “El secuestro de la democracia en Bolivia”. *América Latina en Movimiento*, 13-10-2018. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/209285>.
- Grigera, Juan & Webber, Jeffery R. eds. (2018). “The Long Brazilian Crisis: A Forum”. *Historical Materialism*. Recuperado de <http://www.historicalmaterialism.org/articles/long-brazilian-crisis-forum>.
- Guamán, A. (2020). “Fin del Estado de derecho y protesta popular”. En Franklin Ramírez (Ed.), *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador* (pp. 149-168). Buenos Aires: CLACSO.
- Guamán, A.; Martín, S. & Aragoneses, A. (Dirs.) (2019). *Neofascismo: La bestia neoliberal*. Madrid: Siglo XXI.

- Gudynas, E. (2018). "Nuevas coyunturas entre extractivismos y desarrollo. Los límites del concepto de populismo y la deriva autoritaria". *Ecuador Debate*, 105, 23-45.
- Harris, Jerry (2020). "China-US Tensions: Is Globalisation Dead?" *International Critical Thought*, 10(2), 263-281.
- Harvey, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hernández, Josafat (2019). "Los errores políticos de los gobiernos progresistas en Brasil y el auge del neofascismo neoliberal". *Rebelión*, 24-12-2019. Recuperado de <https://rebellion.org/autor/josafat-hernandez/>.
- Hernández, Juan & Ramiro, Pedro (2019). "Hacia un nuevo espacio neofascista global". *América Latina en Movimiento*, 19-11-2019. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/203352>.
- Houtart, François (2016). "América Latina: el final de un ciclo o el agotamiento del posneoliberalismo". *América Latina en Movimiento*, 19-04-2106. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/176862>.
- ILDIS (1978). *El control político en el cono sur (Seminario de México, diciembre de 1976)*. México: Siglo XXI Editores.
- Jaguaribe, Helio (1967). "Stabilité sociale par le colonial fascisme". *Les Temps Modernes*, 257, 602-623.
- Jaguaribe, Helio (1968). "Brasil: un análisis político". *Desarrollo Económico*, 8(30/31), 349-403.
- Kaplan Marcos (1976). "La montée du fascisme en Amérique latine". *L'Homme et la société*, 39-40, 135-153.
- Katz, Claudio (2018). "América Latina desde la teoría de la dependencia". Recuperado de <https://katz.lahaine.org/america-latina-desde-la-teoria-de/>.
- Katz, Claudio (2019a). "Los protagonistas de la disputa en América Latina". *La Haine*, 21-11-2019. Recuperado de <https://www.lahaine.org/mundo.php/los-protagonistas-de-la-disputa>
- Katz, Claudio (2019b). "Un premio a la teoría de la dependencia". *La Haine*, 20-12-2019. Recuperado de <https://www.lahaine.org/mundo.php/un-premio-a-la-teoria>.

- Lagos, Marta (2018). “El fin de la tercera ola de democracias”. Recuperado de <https://www.contexto.org/pdfs/2018/latinoamerica-democracia.pdf>.
- Lopes de Souza, Marcelo (2020): “The land of the past? Neo-populism, neo-fascism, and the failure of the left in Brazil”. *Political Geography*, in press, <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2020.102186>.
- López San Miguel (2020). “Elecciones en Bolivia 2020: once meses de calvario con Ñeiz en el poder”. *La Haine*, 18-10-2020. Recuperado de <https://www.lahaine.org/mundo.php/elecciones-en-bolivia-2020-once>.
- Maira, Luis (1978). “Notas para un estudio comparado entre el Estado fascista clásico y el Estado de seguridad nacional”. En ILDIS, *El control político en el Cono sur* (pp. 40-72). México: Siglo XXI Editores.
- Mandel, Ernest ([1969] 1976). *El fascismo*. Madrid: Akal.
- Marini, Ruy Mauro (1969). *Subdesarrollo y revolución*. México: Siglo XXI.
- Marini, Ruy Mauro (1971). “El subimperialismo brasileño”. *CESO Documento de Trabajo*.
- Marini, Ruy Mauro (1977). “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”. *Cuadernos Políticos*, 12, 20-39.
- Marini, Ruy Mauro (1978). “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra)”. *Revista Mexicana de Sociología*, 40(número extraordinario), 57-106.
- Martínez de Heredia, Fernando (2106). “Un arma para el presente, una apuesta al futuro”. *América Latina en Movimiento*, 11-01-2016. Recuperado de <https://www.alainet.org/pt/node/174679>.
- Martins, Carlos E. (2015). “Ruy Mauro Marini: Marco del pensamiento contemporáneo”. En Martins, Carlo E. *América Latina, dependencia y globalización. Ruy Mauro Marini* (pp. 9-24). Buenos Aires: Siglo XXI y CLACSO.
- Modonesi, Massimo (2014). “Conflictividad socio-política e inicio del fin de la hegemonía progresista en América Latina”. En Pastor, Jaime & Rojas, Nicolás (Coords.), *Anuari del conflicte social 2013* (pp. 1081-1095). Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Modonesi, Massimo (2015). “Fin de la hegemonía progresista y giro regresivo en América Latina. Una contribución gramsciana al debate sobre el fin de ciclo”. *Viento del Sur*, 142, 23-30.

- Modonesi, Massimo & Iglesias, Mónica (2016). “Perspectivas teóricas para el estudio de los movimientos sociopolíticos en América Latina: ¿cambio de época o década perdida?” *De Raíz Diversa*, 3(5), 95-124.
- Modonesi, Massimo & Svampa, Maristella (2016). “Post-progresismo y horizontes emancipatorios en América Latina”. *América Latina en Movimiento*, 10-08-2106. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/179428>.
- Moldiz, Hugo (2013). “El fascismo que nos amenaza”. *Rebelión*, 18-09-2013. Recuperado de <https://rebelion.org/el-fascismo-que-nos-amenaza/>.
- Moncayo, Víctor Manuel (2020). “El ciclo progresista en América Latina. De una tentativa frustrada a una perspectiva estratégica. Contra Nuestra América”. En Estrada, Jairo; Jiménez, Carolina & Puello-Socarrás, José Francisco (Eds.), *Contra Nuestra América. Estrategias de la derecha en el siglo XXI* (pp. 105-114). Buenos Aires: CLACSO.
- Mongis, Baptiste (2020). “Del adversario al enemigo: un cuento de la caza política del 2019 en Bolivia”. *América Latina en Movimiento*, 15-10-2020. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/209326>.
- Mouk, Yascha & Foa, Roberto S. (2018). “El fin del siglo democrático. El avance de la autocracia en el mundo”. *Foreign Affairs Latinoamerica*, 91(3), 124-131.
- Nadal, Alejandro (2018). “Brasil: neoliberalismo y fascismo periférico”. *La Jornada*, 31-10-2018. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2018/10/31/opinion/029a1eco>.
- Neilson, David (2020). “Bringing in the ‘neoliberal model of development’”. *Capital & Class*, 44(1), 85-108.
- Noonan, Jeff (2020). “Trump and the Liberal International Order”. *International Critical Thought*, 10(2), 182-199.
- North, Liisa L. & Grinspun, Ricardo (2016). “Neo-extractivism and the new Latin American developmentalism: the missing piece of rural transformation”. *Third World Quarterly*, 37(8), 1483-1504.
- Ocampo, José Antonio (2015). “Tiempos de incertidumbre”. *Finanzas y Desarrollo*. Septiembre, 6-11.

- Osorio, Jaime (1984). "El marxismo latinoamericano y la dependencia". *Cuadernos Políticos*, 38, 40-59.
- Pahnke, Anthony R. & Milan, Marcelo (2020). "The Brazilian Crisis and the New Authoritarianism". *Monthly Review*, 72(2). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2020/06/01/the-brazilian-crisis-and-the-new-authoritarianism/>.
- Palma, José Gabriel (2008). "Dependency". En Durlauff, Steven N. & E. Blume, Lawrence (Eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, vol. 2 (pp. 439-444). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Pavón-Cuéllar, David (2017). "Los más jóvenes líderes de la derecha latinoamericana: libertarismo, neofascismo e injerencia estadounidense". *Rebelión*, 11-10-2017. Recuperado de <https://rebelion.org/los-mas-jovenes-lideres-de-la-derecha-latinoamericana-libertarismo-neofascismo-e-injerencia-estadounidense/>
- Payne, Stanley G. (1982). *El fascismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Paz, Eduardo (2020). "Bolivia: Triple derrota del imperialismo y las oligarquías". *América Latina en Movimiento*, 20-10-2020. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/209396>.
- Pedregal, Alejandro (2019). "En el golpe de Bolivia todavía huele a litio". *Rebelión*, 25-11-2019. Recuperado de <https://rebelion.org/en-el-golpe-de-bolivia-todavia-huele-a-litio/>.
- Petras, James (1976). "Aspectos de la formación de clases en la periferia: estructuras de poder y estrategias". *Problemas del Desarrollo*, 6(25), 33-60.
- Petras, James (1979). "Neofascismo: muerte y resurgimiento de la posición política". *Revista Mexicana de Sociología*, 41(2), 401-424.
- Petras, James (1980). "Neo-Fascism: Capital accumulation and class struggle in the Third World". *Journal of Contemporary Asia*, 10(1): 119-129.
- Pinzón, Alberto (2018a). "La reconfiguración del fascismo colombiano". *Rebelión*, 17-08-2020. Recuperado de <https://rebelion.org/la-reconfiguracion-del-fascismo-colombiano/>.
- Pinzón, Alberto (2018b). "El fascismo con rostro humano del Gobierno Duque". *Rebelión*, 13-09-2018. Recuperado de <https://rebelion.org/el-fascismo-con-rostro-humano-del-gobierno-duque/>.
- Poulantzas, Nicos (1971). *Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo*. México: Siglo XXI Editores.

- Reis, Guilherme S. & Soares, Giovanna (2017). “O Fascismo no Brasil: o Ovo da Serpente Chocou”. *Desenvolvimento em Debate*, 5(1), 51-71.
- Reyna, Luis (1978). “Autoritarismo creciente en América Latina”. En ILDIS, *El control político en el cono sur* (pp. 81-93). México: Siglo XXI Editores.
- Riemen, Rob (2018). Para combatir esta era. Consideraciones urgentes sobre fascismo y humanismo. Madrid: Taurus
- Rivara, Lautaro (2019). “El neoliberalismo, un fascismo en suspenso”. *América Latina en Movimiento*, 24-10-2019. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/202839>.
- Robinson, William I. (2011). “El capitalismo global y el fascismo del Siglo XXI”. *Rebelión*, 10-05-2011. Recuperado de <https://rebelion.org/el-capitalismo-global-y-el-fascismo-del-siglo-xxi/>.
- Robinson, William I. (2016). “Trump y el fascismo del siglo XXI”. *América Latina en Movimiento*. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/181986>.
- Robinson, William I. (2018). “Trumpismo, Fascismo del Siglo XXI, y Dictadura de la Clase Capitalista Transnacional”. *América Latina en Movimiento*, 4-11-2018. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/196314>.
- Robinson, William I. (2019a). “Global Capitalist Crisis and Twenty-First Century Fascism: Beyond de Trump Hype”. *Science & Society*, 83(2), 481-509.
- Robinson, William I. (2019b). “Nubarrones sobre América Latina: El cuadro grande”. *América Latina en Movimiento*, 19-12-2019. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/203934>.
- Robinson, William I. (2019c). “Capital has an Internationale and it is going fascist: time for an international of the global popular classes”. *Globalizations*, 16(7), 1085-1091.
- Romano, Silvina (2020). “El Trumperialismo en América Latina”. *La Haine*, 23-10-2020. Recuperado de <https://www.lahaine.org/mundo.php/el-trumperialismo-en-america-latina>.
- Sader, Emir (2014). “¿Restauración conservadora en América Latina?”, *Blogs Público*, 21-09-2014. Recuperado de <https://blogs.publico.es/emir-sader/2014/09/21/restauracion-conservador-en-america-latina/>.

- Sader, Emir (2020). "El segundo ciclo antineoliberal en América Latina". *América Latina en Movimiento*, 22-10-2020. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/209422>.
- Santos, Boaventura de Sousa (2007). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Buenos Aires: CLACSO.
- Santos, Boaventura de Sousa (2009). *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común en el derecho*. Madrid: Editorial Trotta.
- Santos, Boaventura de Sousa (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Schavelzon, Salvador (2020). "Las calles sudamericanas persisten y anuncian lo que vendrá". *Bajo el Volcán*, 1(2), 231-272.
- Seabra, Raphael L. (2019). "Do *dependentismo* à teoria marxista da dependência: uma síntese crítica desta transição". *Revist Sociedade e Estado*, 34(1), 261-283.
- Selwyn, Benjamin, (2018). "Jair Bolsonaro represents a dark moment for Brazil, and the question is how much damage he can do". *The Independent*, 27-12-2018, Recuperado de <https://www.independent.co.uk/voices/jair-bolsonaro-brazil-far-right-military-rainforest-economic-development-history-a8700281.html>.
- Sotelo, Adrián (2018). "Subimperialismo y dependencia en la era neoliberal". *Caderno CRH*, 31(84), 501-517.
- Spurrier, Walter (2016). "Década desperdiciada". *El Comercio*, 31-05-2016. Recuperado de <https://www.elcomercio.com/opinion/decada-latinoamerica-politica-opinion-walterspurrer.html>.
- Stefanoni, Pablo (2019). "Las lecciones que nos deja Bolivia". *Nueva Sociedad*, marzo. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/Bolivia-Evo-Morales-elecciones/>.
- Sunkel, Osvaldo (1967). "Política nacional de desarrollo y dependencia externa". *Estudios Internacionales*, 1(1), 43-75.
- Suwandi, Intan; Jonna, R. Jamil & Foster, John B. (2019). "Global Commodity Chains and the New Imperialism". *Monthly Review*, 70(10). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2019/03/01/global-commodity-chains-and-the-new-imperialism/>.
- Svampa, Maristella (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. Buenos Aires: UNSAM.

- Tapia, Jorge (1980). "Neo militarismo y fascismo". *Nueva Sociedad*, 50, 156-174.
- Thwaites, Mabel (2020). "Estados en disputa. Auge y crisis del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina (1999-2019)". En Estrada, Jairo; Jiménez, Carolina & Puello-Socarrás, José Francisco (Eds.), *Contra Nuestra América. Estrategias de la derecha en el siglo XXI* (pp. 131-145). Buenos Aires: CLACSO.
- Tolcachier, Javier (2018). "Alerta, alerta que camina el fascismo por América Latina". *América Latina en Movimiento*, 24-09-2018. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/195486>.
- Tolcachier, Javier (2019). "Las venas orgánicas de América Latina y el desafío de las recetas neoliberales". *América Latina en Movimiento*, 22-10-2019. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/articulo/202788>.
- Tokatlian, Juan Gabriel (2020). "El descalabro del sistema interamericano". *Nueva Sociedad*. Septiembre. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/bid-sistema-interamericano-trump/>.
- Trindade, Hélió (1982). "El tema del fascismo en América Latina". *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 30, 111-141.
- Uribe, Germán (2013). "El neofascismo uribista tras la retoma del poder". *Rebelión*, 10-02-2013. Recuperado de <https://rebelion.org/el-neofascismo-uribista-tras-la-retoma-del-poder/>.
- Vandepitte, Marc (2019). "El neofascismo va de la mano del neoliberalismo". *Rebelión*, 12-11-2019. Recuperado de <https://rebelion.org/el-neofascismo-va-de-la-mano-del-neoliberalismo/>.
- Vázquez, Carlos Otto (2020). "La Restauración Conservadora en América Latina". *Tla-Melaua. Revista de Ciencias Sociales*, 14(48), 195-209.
- Vernengo, Matías (2018). "¿La "trampa del ingreso medio" o el retorno de la hegemonía estadounidense?" *Coyuntura y Desarrollo*, 385, 171-178.
- Zavaleta, René (1976). "Las luchas antimperialistas en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología*, 31(1), 9-27.
- Zavaleta, René (1979). "Nota sobre fascismo, dictadura y coyuntura de disolución". *Revista Mexicana de Sociología*, 41(1), 75-85.
- Zubiría, Sergio de (2020). "Derechas y fascismo social en la América contemporánea". En Estrada, Jairo; Jiménez, Carolina & Puello-Socarrás, José Francisco (Eds.), *Contra Nuestra América. Estrategias de la derecha en el siglo XXI* (pp. 159-184). Buenos Aires: CLACSO.